Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Alan Parker

Come, querida, come...

EDICIONES FORUM

Alan Parker

Come, querida, come...

EDICIONES FORUM

1.ª edición: febrero 1985
Esta edición es propiedad de
Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª
08008 Barcelona.

© Texto: Alan Parker
© Cubierta: Enrich - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-060-5
Depósito Legal: B-2366-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79, 8.ª planta. 08005 Barcelona.
Impresión: T. G. Soler, S. A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, febrero 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

1

Patrick Worcester tenía cincuenta y cinco años. Era inmensamente rico y estaba casado con una bella joven de veinticinco llamada Linda.

Worcester tenía grandes pasiones; una de ellas era amasar dinero, la otra la taxidermia. Le gustaba disecar todo tipo de animales. En el enorme y bien iluminado sótano del castillo que poseía en Eton, tenía el taller y un completo muestrario de sus pequeñas obras maestras llevadas a cabo en los últimos veinte años; zorros, perros, gatos, ratas, búhos, halcones y hasta un chimpancé al que llamaba cariñosamente Otelo. Worcester solía mantener largas conversaciones con sus animales disecados mientras trabajaba.

La otra pasión de Patrick era su joven esposa Linda.

Se había casado con ella hacía cinco años y después de un apasionado idilio.

Habían sido cinco años maravillosos, inolvidables… hasta que un maldito día él sufrió un repentino ataque al corazón. Desde entonces, su salud se vio seriamente amenazada. Tuvo que guardar cama durante bastante tiempo y poner fin a toda relación íntima con su esposa. Eso fue precisamente lo que más le dolió: tener que prescindir de las ardientes caricias de Linda y de su cuerpo joven y lleno de vida.

—Patrick…

Él levantó la cabeza del ave que estaba disecando en aquel momento, se quitó las gafas y miró en dirección a la escalera. Allí estaba Linda, con su vestido blanco y el cabello rubio recogido en un gracioso moño. ¡Qué bella era!

—El doctor Kinley acaba de llegar.

—Ya voy, querida.

Worcester se puso en pie y se acercó a la escalera. Linda le

dirigió una amable sonrisa y le tendió una mano para ayudarle a subir.

Él tomó aquella delicada y blanca mano y la besó apasionadamente.

—¡Linda! —exclamó con vehemencia—. ¡Si supieras cuánto te necesito!

—Yo también a ti, querido, pero debemos tener un poco más de paciencia.

—¡Paciencia, paciencia! ¡Llevó teniéndola desde hace dos interminables años! ¿Hasta cuándo, Linda?

—Eso es algo que tiene que decidir el doctor Kinley, querido.

—¡Al diablo con él! —exclamó Patrick rodeando a su esposa por el talle—. Esta misma noche haremos el amor.

Ella se echó a reír.

—Eso no es posible, amor mío. ¿O crees que yo no tengo tantas ganas como tú? Pero tu corazón podría resentirse.

—Mi corazón está perfectamente, Linda. ¡Me siento fuerte y con energías!

Besó con furor los labios de su esposa.

—Ya basta —susurró ella acariciándole el rostro—. Has de ser prudente, Patrick.

Abandonaron el sótano cogidos de la mano.

El doctor Kinley les estaba esperando en el lujoso salón. Era un joven de treinta y cinco años, bastante apuesto.

—Buenos días, señor Worcester —saludó cortésmente.

—Hola, doctor —respondió Patrick tomando asiento en una butaca.

Kinley abrió su maletín y sacó un estetoscopio.

—Estoy perfectamente —gruñó Patrick.

—Eso soy yo quien tiene que decirlo, señor Worcester —sonrió Kinley.

—Supongo que sí… —Volvió a gruñir Patrick desabrochándose la camisa:

Y mientras Kinley le auscultaba, le hizo un guiño a Linda.

—Esto va bastante bien —aseguró poco después el doctor guardando el estetoscopio en el maletín—. Le voy a cambiar la medicación. Le recetaré algo más suave y, dentro de unos seis meses, le haré una nueva revisión. Si para entonces no ha habido

cambios sustanciales, le daré de alta.

—¿Seis meses? —Gruñó Patrick mientras se abrochaba la camisa —. ¿Ha dicho seis meses?

—Así es, señor Worcester. Conviene asegurarse. El corazón es una pieza sumamente delicada y hay que andarse con cuidado.

Kinley extendió una receta y se la entregó a Linda.

—Son unas gotas para reforzar las arterias. Es un medicamento bastante nuevo. No creo que lo encuentren en la farmacia del pueblo. Tendrán que ir a buscarlo a Londres.

—Yo me encargaré de eso —asintió ella.

—Quiero hablar un momento con el doctor Kinley, amor —le dijo Patrick a su esposa—. Déjanos solos, por favor.

Ella abandonó el salón y Patrick se puso en pie.

—Doctor, ¿cuándo podré volver a tener relaciones íntimas con mi esposa?

—Aún es pronto.

—¡Pero yo me siento perfectamente!

—No lo dudo. Sin embargo, cualquier emoción o agitación podría serle fatal. Tiene que esperar, señor Worcester.

—¡Esperar! ¡Llevo dos años esperando! ¿Cuánto tiempo más he de esperar, doctor?

—Por lo menos hasta que le haga una nueva revisión.

—¿Seis meses?

—Así es, señor Worcester.

—¿Se da cuenta de que ella está en lo mejor de su vida y de que yo…?

—Me doy cuenta, pero no se puede hacer nada más. De todos modos, creo que su esposa es lo bastante inteligente como para darse cuenta de la situación.

—Pero es que no se trata sólo de ella, doctor. Yo también la necesito y cada día más…

—Pues ha de tener paciencia, señor Worcester. Lo siento… — Kinley cogió su maletín—. Volveré dentro de una semana. Adiós.

Cruzó el salón y salió al vestíbulo.

Linda le estaba esperando en el mismo.

—Hasta mañana, cariño —le dijo en un susurro a Kinley mientras le abría la puerta.

—Hasta mañana, Linda.

Al día siguiente, ella bajó al taller instalado en el sótano para decirle a su esposo que se trasladaba a Londres.

—¿Por qué no envías al mayordomo? —le preguntó Patrick.

—Prefiero ir yo si no te importa, querido. De ese modo, aprovecharé para visitar a mi prima Raquel.

—De acuerdo. Pero no tardes demasiado en volver. Este lugar me parece espantosamente solitario si tú no estás en él.

—Regresaré a media tarde.

—¿A media tarde?

—Comeré con Raquel.

—Muy bien.

Y mientras Patrick Worcester extraía cuidadosamente las vísceras del murciélago que tenía en el maniquí, Linda se dirigía en un carruaje a Londres.

Su amante la estaba esperando.

Tenían por costumbre encontrarse en un elegante hotelito llamado «El Príncipe azul». Linda llegó alrededor del mediodía y subió a la habitación. Kinley aguardaba tumbado en la cama y con una copa de jerez en la mano.

—Te has retrasado —le dijo él.

—Lo siento, Bob, pero las lluvias de anoche han dejado el camino en malas condiciones.

—¿Y el cochero?

—Le he dicho que se fuera y que volviera alrededor de las cuatro.

—¡Si ese hombre se fuera de la lengua…!

—¿Brian? Ya te he dicho muchas veces que no hay nada que temer. Tiene toda mi confianza.

Ella se sentó en la cama. Kinley la cogió por la cintura, la atrajo hacia él y la besó en los labios. Las caricias dejaron paso a ese maravilloso preludio en el que los dos amantes de despojan de todas sus ropas antes de entregarse mutuamente. Kinley acarició el cuerpo de la mujer bajo las sábanas.

—A veces comprendo perfectamente a tu marido —dijo él sonriendo—. No sabe lo que se está perdiendo.

—¡Tonto!

Unieron de nuevo sus bocas y luego sus cuerpos. En la excitación

del momento, Kinley clavó sus dedos en los muslos de ella. Linda exclamó, preocupada:

—¡Ten cuidado, Bob! Si Patrick llegara a descubrir alguna señal…

—¿Es qué te ve alguna vez desnuda?

—Desde que sufrió el ataque, no.

—Entonces, no hay nada que temer.

Y en pocos momentos, sus cuerpos se agitaron como uno solo y llenaron de gozosos gemidos el silencio de la elegante habitación, hasta que un violento orgasmo les sumió posteriormente en una agradable lasitud.

Kinley se levantó y se acercó a la cómoda. Sobre la misma había un cubo con una botella de Moet en su interior. La destapó y llenó dos copas de burbujeante champán. Le entregó una a Linda.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él.

—¿Te parece bien *por la muerte* de Patrick?

Kinley no respondió.

Su semblante se había puesto repentinamente serio.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. No te habrás vuelto atrás, ¿verdad?

Patrick apuró la copa de champán y se sirvió otra. Con ella en la mano, se volvió a Linda.

—Sí…

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—No puedo hacerlo, Linda. ¡No puedo!

—¿Por qué no? Ya habíamos discutido todos los detalles y estabas de acuerdo. ¿Por qué te has vuelto atrás?

—Es peligroso.

—Comprendo… —respondió ella—. Lo que ocurre es que no me quieres. Sólo te gusto para pasar el rato.

—No digas eso, Linda. Sabes que no es verdad. Te amo. Te amo desesperadamente. Pero de eso a cometer *un crimen*…

—Tú me aseguraste que nadie iba a sospechar que lo fuera.

—Y así es, pero no dejaría de ser *un crimen*. Y temo que después se interpusiera entre nosotros.

—¡Tonterías!

—No lo creas. Nuestras vidas podrían convertirse en un infierno.

—¿Con cincuenta millones de libras esterlinas de por medio?

¡No me hagas reír, Bob! ¿Te has detenido a pensar en lo que podríamos hacer con todo ese dinero? ¡Seríamos los dueños del mundo! Cariño, sé que soy la única heredera de la fortuna de mi marido. Si él muriese, todo pasaría a *mis manos*. ¿Por qué desaprovechar esta maravillosa ocasión?

—Tengo miedo —confesó Kinley sentándose en la cama—. Ésa es la única verdad, Linda. Tengo miedo.

Ella se levantó de un salto y comenzó a vestirse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él.

—Será mejor que me vaya y que no volvamos a vernos.

Bob la sujetó por un brazo y la atrajo con fuerza hacia él.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—Claro que sí. Odio a la gente cobarde. ¡Y tú eres un maldito cobarde!

Kinley la abofeteó con rabia.

—No vuelvas a decir eso. ¡No soy ningún cobarde!

—Entonces, demuéstramelo.

—Está bien, Linda. *Lo haremos*.

Ella se lanzó gozosamente al cuello de Kinley.

—No te arrepentirás, cariño —le susurró al oído.

—Espero que no.

—¿Cuándo lo harás?

—Dentro de una semana.

—¿Por qué esperar tanto?

—Ése es el tiempo que le he dicho que tardaría en volver a visitarle. Si lo hiciera antes, podría sospechar.

Ella asintió:

—De acuerdo, Bob. Una semana y después… el paraíso…

2

Julius
O'Hara
era enterrador.

De mediana estatura, delgado, cuarenta y nueve años, ligeramente encorvado, se había pasado más de la mitad de su vida entre muertos.

Estaba al cargo del pequeño cementerio de Eton, situado en una hermosa colina. Tenía su casa en el mismo cementerio, a tan sólo una veintena de metros de la cripta de los McAllister, prohombre de la comunidad de Eton, adinerado, poderoso, y que había muerto hacía cinco años.

Una noche Julius abrió la cripta y le quitó al cadáver todo lo que de valor llevaba encima.

Porque ésa era, precisamente, una de las mayores aficiones de Julius; robar a los muertos que él había enterrado, siempre y cuando, claro está, valiera la pena correr aquel riesgo, pero como en Eton solía vivir gente de buena posición social, el negocio resultaba bastante fructífero.

Con las ganancias que obtenía se pegaba la vida padre, y para él, pegarse la vida padre significaba poder comprarse una botella de buen *whisky* y de vez en cuando acostarse con alguna de las chicas que Joe tenía en el bar del pueblo.

Aquella endiablada noche de frío y de lluvia, Julius cerró el portón del cementerio, se levantó el cuello de la vieja chaqueta y echó a andar calle abajo en dirección al centro. El tráfico era prácticamente nulo. Durante el trayecto únicamente se cruzó con un par de carruajes. Y es que la noche no daba para más.

En un bolsillo de su arrugado pantalón de pana llevaba una sortija con un diamante. Hacía una hora que la había sacado del dedo de una mujer que había sido enterrada por la mañana.

Entró en la tienda de compra-venta de Herman, un viejo usurero que se movía detrás del mostrador como un buitre alrededor de su víctima. Era pequeño y rechoncho. Su esposa se llamaba Beatriz y estaba tan buena como el pan con miel. Julius le tenía puesto el ojo y a ella tampoco parecía desagradarle, pero su marido procuraba que no estuviera excesivamente expuesta a las lujuriosas miradas de los clientes.

Julius puso el anillo sobre el mostrador y mientras Herman le estaba echando un vistazo con la lupa, el enterrador levantó la cabeza y miró en dirección a la trastienda. A través de la entreabierta puerta vio a Beatriz haciendo calceta junto a la chimenea. Llevaba un vestido ligeramente escotado y la opulencia de sus pechos quedaba reflejada bajo la tela. En un momento dado, ella también le miró y en sus labios carnosos se reflejó una sonrisa que enardeció al enterrador.

—Veinte libras, ni una más —dijo el judío.

—¿Sólo veinte libras por un diamante? ¡Vamos, Herman! Te estás pasando.

—O lo tomas o lo dejas —respondió Herman de mala gana.

—Eres un maldito usurero.

—¿Qué? ¿Sí o no? Decídete porque voy a cerrar la tienda.

—De acuerdo.

Herman le entregó el dinero.

—¡Adiós, señora! —saludó Julius mientras se dirigía a la puerta.

—Buenas noches, señor
O'Hara.

Julius abandonó la tienda de compra venta con cierta rabia. No era justo que un individuo como Herman tuviese una mujer como aquélla. ¡Dios bendito! ¡Qué bien debía de pasarlo en la cama aquel cerdo con semejante preciosidad!

Diez minutos más tarde entraba en el bar de Joe que, como siempre, estaba lleno de clientes y de humo. Se acodó en la barra y pidió una cerveza. Con la jarra en la mano, se dio media vuelta para escrutar el panorama.

Vio a Doris riendo las gracias de un tipo elegante.

Aquélla era su hembra favorita del bar.

Se habían acostado juntos muchas veces. Doris era ardiente y apasionada. Todo lo contrario de Miriam, la pequeña escocesa,

mucho más fría y aburrida. Marie tampoco estaba nada mal. Era la especialista en hacer *números raros*. Se le podía pedir cualquier cosa. En ese aspecto, Marie era una especie de enciclopedia.

Doris le guiñó el ojo a Julius y éste le devolvió el guiño. Eso quería decir que había venido por ella.

Un cuarto de hora más tarde, estaban los dos en la cama, resoplando.

Pero claro, Julius no le hizo el amor a Doris. Se lo estuvo haciendo todo el rato a Beatriz.

Media hora después, ambos estaban de regreso en el bar. Julius pidió otra cerveza. Cuando se la estaba bebiendo, se le acercó alguien. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años.

—¿Es usted el enterrador? —le preguntó el desconocido.

—Sí, señor. ¿Necesita algún servicio?

—¡No! —exclamó el hombre sonriendo—. Y espero no necesitarlo por mucho tiempo. Me llamo Alan Hart.

El sepulturero se presentó:

—Yo, Julius
O'Hara.

—Lo sé, lo sé…

Julius se extrañó:

—¿Quién se lo ha dicho?

Hart sonrió:

—Un buen policía debe de saber esas cosas, sobre todo cuando se trata de sus conciudadanos.

Julius miró fijamente a aquel hombre.

—Así que es usted policía, ¿eh?

—Eso es.

—No le había visto nunca por aquí.

—Es que mi cargo es muy reciente. Tomé posesión del mismo ayer por la tarde.

—Eso quiere decir que es usted el nuevo inspector de la Comisaría local.

—En efecto.

—¿Y el señor Robson?

Hart hizo un gesto con la mano.

—Le han trasladado a Walbrook.

El enterrador bebió un trago de cerveza. No le gustaban los

cambios y mucho menos cuando se trataba de la Policía. Robson había sido un buen elemento. Torpe y tontorrón, nunca se había preocupado en absoluto por conocer el nombre de sus conciudadanos. Pero el hecho de que Hart lo hubiera hecho, significaba que era un hombre más meticuloso. Así que habría que ir con cuidado con él.

—Bienvenido a Eton, inspector —saludó cortésmente Julius—. ¿Una cerveza?

—Nunca bebo cuando estoy de servicio, señor O'Hara —respondió amablemente el policía—. Encantado de haberle conocido.

—Lo mismo le digo —respondió Julius observando atentamente al inspector mientras éste recorría el local sin perder detalle de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Y descubrió algo en él que no le gustó.

Cojeaba ligeramente al andar.

Y los cojos nunca le habían dado buena suerte.

3

Patrick Worcester sabía que, en aquel preciso momento, su esposa Linda se estaba bañando y la imaginó desnuda entre la espuma, con aquella desnudez que él tan bien conocía, aquel maravilloso y perfecto cuerpo que tantas veces había acariciado y había sido suyo. Y al recordarlo, un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—No puedo soportarlo más, Otelo —le confesó al chimpancé. Arrojó las pinzas sobre la mesa de trabajo y abandonó el sótano taller para dirigirse al dormitorio de su esposa.

Tal como suponía, la encontró en la bañera.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí, cariño? —le preguntó dulcemente.

—Quería verte. Deseaba contemplarte, Linda —respondió él con voz ronca. Y avanzó hacia la muchacha con la mirada perdida en la turgencia de sus pechos.

—Patrick, no está nada bien lo que haces. No te conviene. Recuerda lo que te ha dicho el doctor Kinley.

—¡Qué se vaya al diablo! —respondió Patrick comenzando a quitarse la ropa.

—¿Qué haces?

—Lo que he debido hacer hace mucho tiempo, Linda.

—Pero tu corazón…

—¡Mi corazón está perfectamente!

—No puedo consentirlo —dijo ella saliendo de la bañera.

Su marido la agarró torpemente por las caderas y la atrajo hacia él, gimiendo.

—¡Patrick, por favor! Te estás comportando como un niño. ¿Es que quieres ponerte peor? Si es eso lo que pretendes, adelante. Pero eso no hará más que retrasar tu curación…

Él la soltó y retrocedió un par de pasos, avergonzado.

—Sí, quizá tengas razón, Linda. Luego sería peor… En realidad… esta excitación no me ha sentado nada bien… Mi… mi corazón se ha disparado…

Ella observó que se había puesto repentinamente pálido.

—Será mejor que te acueste, querido.

Le acompañó hasta su habitación, terminó de desnudarle y le ayudó a meterse en la cama.

—¿Te sientes mejor, Patrick?

—Un poco mejor, gracias. Dame la medicina. Está ahí, sobre la mesita.

Ella vertió un poco de jarabe en una cucharilla y le introdujo ésta en la boca. En ese mismo instante se dijo que al fin y al cabo tampoco iba a resultar tan difícil deshacerse de él. Patrick estaba mucho peor de lo que imaginaba y se preguntó también qué idea se le habría ocurrido a Bob Kinley para asesinarle sin dejar rastro.

Esperó a que su marido se hubiera dormido, se puso una bata y abandonó el dormitorio.

Bajó al salón y se sirvió un *brandy*. El mayordomo apareció poco después. Era un hombre opulento, sonrosado.

—Un caballero que desea hablar con la señora.

—¿Quién es, Benjamín?

—El inspector Alan Hart.

El corazón de la mujer latió con fuerza, pero únicamente duró unos instantes. ¿De qué tenía miedo si aún no había ocurrido nada?

—Hazle pasar, Benjamín.

—Sí, señora.

Hart apareció poco después en el salón con el bombín en la mano y una evidente mirada de admiración en sus ojos por la mujer que tenía ante él.

—Señora Worcester, soy el nuevo inspector local.

—Encantada —respondió ella tendiéndole una mano.

Hart se apresuró a besársela respetuosamente.

—¿Quiere sentarse, inspector?

—Gracias, muchas gracias.

—¿Desea beber algo?

—Nunca bebo cuando estoy de servicio.

Ella tomó asiento frente a él y le miró. Era un hombre bastante guapo. Sus ojos eran azules y tenía un mentón firme y enérgico.

—¿Qué desea de mí, inspector?

De no ser un hombre sumamente educado le habría contestado una barbaridad.

Pero se limitó a responder:

—Bueno, en realidad nada, señora Worcester. Me refiero a nada oficial. Únicamente deseaba conocerla a usted y a su esposo.

—Mi esposo está enfermo.

—Lo sé y lo lamento. ¿Es grave?

—El corazón.

—¡Oh! En fin, quería decirles que… bueno, si alguna vez necesitan algo de mí… estoy a su entera disposición. Me ha parecido que era prudente por mi parte que me conocieran y… bueno, como soy nuevo en Eton pues…

—Sé lo que quiere decir, inspector —dijo ella con la mejor de sus sonrisas—. Y le agradezco su visita. Pero espero no necesitarle nunca, al menos por algo importante, ya me entiende.

—La entiendo perfectamente, señora Worcester —respondió el inspector poniéndose de pie—. Ha… ha sido un placer conocerla, señora… Un verdadero placer.

—Lo mismo digo, inspector.

—Deseo que su esposo se restablezca pronto.

—Eso espero yo también.

—Bien, bue… buenas tardes —saludó el policía inclinando la cabeza.

—Adiós, inspector.

Hart se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir por ella, se volvió.

—Por cierto…

—¿Sí?

—El doctor, ¿cómo se llama? Kinley…

—¿Qué ocurre con él?

—Es el médico que atiende a su esposo, ¿verdad?

—En efecto, ¿por qué?

—¡Oh, por nada! Por nada… Es que antes de venir aquí he ido a su consulta pero no lo he encontrado. No estará atendiendo a su marido en estos momentos, ¿verdad?

—No.

—Lo suponía. Bueno, ya le veré otro día. Adiós.

—Adiós, inspector.

Cuando se quedó a solas, Linda dejó escapar un bufido. Aquel hombre no le gustaba. No le gustaba en absoluto. Era del tipo de policía que desconfía de todo, del que mete las narices en cualquier parte y nada le convence.

Tendría que hablar de ello con Bob.

Regresó a la habitación de su marido. Patrick estaba durmiendo como un ángel y el color había vuelto a sus mejillas.

—Te queda muy poco de vida, querido —murmuró ella—. ¡Por fin voy a poder librarme de ti para siempre!

El inspector Hart se metió en la taberna El Pirata. Era un local agradable y no demasiado grande. Se sentó a una mesa frente al gordinflón de su ayudante, el agente Price, que en aquel momento estaba dando buena cuenta de un plato de ternera con guisantes.

Hart encendió su pipa y exhaló el humo.

Observó a su ayudante.

—Creo que tiene la solitaria, Price.

—¿Por qué, señor?

—No hace más que comer.

—Son los nervios. Los nervios me dan por comer, inspector. ¿Ha ido a visitar a los Worcester?

—En efecto.

—¿Y qué le ha parecido?

—Es una mujer realmente hermosa.

El agente Price sonrió.

—Yo me refería al castillo donde viven.

—Ni me he fijado. Sólo me he fijado en ella.

—¿Ha visto a su marido?

—Estaba enfermo. No me extraña en absoluto. Esa mujer es capaz de poner enfermo a cualquiera.

Price soltó una carcajada.

—¡Al parecer, le ha impresionado mucho, inspector!

Hart pidió un solomillo y, cuando se lo estaba comiendo, levantó la cabeza y miró a su subordinado.

—¿Qué tal son?

—¿A quién se refiere?

—A los Worcester, claro.

—Intachables.

—Lo suponía. ¿Y ese doctor Kinley?

—Intachable, también.

—Al parecer, en Eton todo el mundo goza de ese calificativo. Si es así, esto va a resultar muy aburrido. La verdad es que mi hermano no me ha hecho ningún favor enviándome aquí.

—¿Su hermano, señor?

—El superintendente Hart, de Scotland Yard. Ha debido de pensar que me hacía un favor y se ha equivocado. A mí me gusta la acción, ¿comprende?

—Sí, señor. Pues le advierto que de eso, aquí, nada. Eton es como un gigantesco cementerio donde nunca pasa nada.

—Hablando de cementerios, ¿qué opinión le merece Julius O'Hara?

—¿El enterrador? No hay nada contra él, salvo que le gustan mucho las mujeres y emborracharse de vez en cuando. Está limpio.

—Claro —gruñó Hart—. Era de esperar.

Y volvió a su solomillo sin saber que no iba a pasar mucho tiempo sin que se viera envuelto en un sucio asunto.

4

Era el día del asesinato.

Por supuesto, Linda estaba terriblemente nerviosa aunque procuró disimularlo mientras desayunaba con su marido en el gran comedor. Se había preguntado muchas veces cuáles iban a ser sus sentimientos durante ese día. Ahora lo sabía. Además de su nerviosismo, sentía cierta pena. Patrick no había sido un mal esposo, ni mucho menos. Todo lo contrario. Había sido siempre un hombre muy generoso y comprensivo con ella, paciente, y, algunas veces, hasta un buen amante. No había nada que reprocharle y eso hacía las cosas más difíciles.

Pero ella era una mujer ambiciosa y no estaba dispuesta a depender de Patrick durante el resto de su vida. Quería administrar el dinero, disfrutarlo con Bob Kinley sin tener que esperar a que su marido se fuera al otro mundo cosa que, por otro lado, podía ocurrir dentro de treinta años cuando ya fuese demasiado vieja para realizar ciertos sueños.

Patrick se echó a reír, repentinamente.

—¿Qué ocurre, querido?

Él indicó hacia el periódico que estaba leyendo.

—El chiste del Times. Tiene mucha gracia. ¿Sabes, cariño? Esta mañana me siento de un humor envidiable.

—Me alegro, Patrick —susurró ella sintiendo que la pena la embargaba.

—¿A qué no adivinas qué he estado pensando estos últimos días?

—¿Qué?

—¿Te gustaría hacer un viaje?

—¿Un viaje?

—Sí. París, Roma, Venecia… Venecia está maravillosa en esta época del año.

—Es una buena idea, querido —respondió ella procurando sonreír.

—Creo que el doctor Kinley no se opondrá.

—Supongo que no…

—Y hablando del doctor Kinley… hoy le toca venir, ¿no?

—Así es.

Patrick se puso en pie.

—A veces he pensado cambiar de médico.

—¿Por qué?

—Kinley es… ¿cómo te diría? Tan estricto… Uno no se siente mejor cuando le tiene delante. Se siente peor. Es de esa clase de médicos que le hacen sentirse a uno peor de lo que realmente está.

—Creo que hace lo que tiene que hacer, Patrick.

—Tú siempre le has defendido —sonrió él—. ¿Por qué? Si no fuera porque te conozco bien, diría que te gusta.

—¡Qué tontería! —exclamó ella sofocándose.

Patrick se le acercó y la besó dulcemente.

—Me gusta el perfume que usas.

—Por eso me lo pongo, cariño.

Él sonrió amablemente a su esposa y se encaminó hacia la puerta del comedor.

—Voy a trabajar un rato. Ahora estoy disecando una mariposa. Es un magnífico ejemplar africano. Avísame cuando llegue ese matasanos.

Linda salió al jardín porque necesitaba respirar un poco de aire puro. Paseó entre las acacias y se detuvo en el pequeño lago artificial a contemplar el par de hermosos cisnes que Patrick le había regalado en su último cumpleaños.

En ese momento, vio llegar el carruaje de Bob Kinley y su corazón se disparó.

Descendió por el sendero empedrado, cruzó el pequeño puente de madera bajo el que se deslizaba un estrecho canal de agua cristalina y se acercó al carruaje. Kinley descendía del mismo en ese momento, Al verla, sonrió.

—Hola.

—Hola, Bob.

—¿Qué sucede? Estás muy pálida.

—Son los nervios.

—Pues procura calmarte. No estamos jugando, ¿sabes? Cualquier fallo puede ser fatal.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Con una aguja hipodérmica. ¿Entramos?

Patrick estaba sentado en la butaca de siempre. Kinley hacía también lo mismo de siempre, es decir, auscultar al paciente. Linda permanecía algo alejada de ambos, junto a una ventana, observando cada movimiento de Bob.

—Esto va muy bien, señor Worcester —dijo finalmente Kinley mientras guardaba el estetoscopio en el maletín—. Su corazón está haciendo grandes progresos.

—Me alegra que diga eso, doctor —replicó Patrick—, porque pensaba pedirle algo.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hacer un viaje por Europa con mi esposa.

—Me parece una excelente idea.

—¿De verdad?

—Claro, ¿por qué no?

—Creí que se opondría, doctor.

—No me opongo —sonrió Kinley—. Hay muchos enfermos del corazón que viajan, señor Worcester.

—¿Has oído eso, Linda? —preguntó Patrick a su esposa, contento como un niño.

—Sí, cariño. Y es una buena noticia.

Cuando Patrick volvió la cabeza para mirar al médico, encontró a éste con una aguja hipodérmica en su mano conteniendo un líquido amarillento.

—¿Qué va a hacer, doctor?

—Inyectarle.

—Nunca lo había hecho hasta ahora…

—Señor Worcester, ¿quiere usted ponerse bien o no?

—¡Claro que sí!

—En ese caso, súbase la manga del brazo izquierdo, por favor.

Patrick obedeció y cuando instantes después sintió el pinchazo, pegó un ligero brinco.

—No se mueva —le ordenó Kinley.

Aquel líquido le produjo un momentáneo calorcillo por todo el

cuerpo y comenzó a sudar.

—No es nada —le advirtió el médico—. Pronto se le pasará.

Y así fue. Al cabo de un par de minutos ya no sentía absolutamente nada.

—Odio esas malditas agujas hipodérmicas —gruñó después Patrick—. Es un invento terrible.

—No para la medicina —sonrió Kinley—. A veces nos saca de muchos apuros.

Worcester se levantó y sintió que se mareaba aunque no lo dijo porque fue solo un momento.

—Doctor…

—¿Sí?

—¿Cuándo podremos hacer ese viaje mi esposa y yo?

—Cuando quieran, pero un par de días antes de marcharse, avísenme. Me gustaría hacerle un pequeño reconocimiento como simple medida de precaución, señor Worcester.

—De acuerdo —asintió éste.

Linda acompañó a Kinley hasta la puerta.

—Bob…

—Ahora no.

—Pero…

—Hablaremos esta tarde en el Príncipe Azul, a las cuatro.

El doctor abandonó la casa y ella regresó al salón. Encontró a su marido bebiendo un jerez. Tenía un magnífico aspecto.

—¿Quieres uno? —le preguntó a su esposa.

—Sí, gracias. Patrick…

—Dime, cariño…

—Esta tarde tendría que ir a Londres.

—¿Otra vez? —preguntó él entregándole el jerez.

—Es que… bueno —sonrió ella—, no quería decírtelo, pero…

—¿Qué?

—Se trata de una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Patrick estaba intrigado.

—Quiero hacerte un regalo.

—¿Un regalo, cariño? ¿Por qué?

—Porque te quiero y por los muchos años de felicidad que me has dado.

Patrick abrazó emocionado a su esposa y la cubrió de besos sin

saber que ella había colaborado a cavar su tumba.

5

Estaban los dos desnudos en la cama, silenciosos y sin atreverse siquiera a mirarse y mucho menos a acariciarse. Kinley rompió el pesado silencio.

—Esta noche sufrirá un ataque. Será el último.

Ella volvió la cabeza.

—¿Qué había en esa inyección, Bob?

—Una sustancia que no deja rastro y que es altamente nociva para el corazón. Sólo tiene un inconveniente. Su acción es lenta, muy lenta.

—¿No puede haber ningún fallo?

—Espero que no.

—¿Es que no estás seguro, Bob? —preguntó ella angustiada.

—¡Nunca se puede estar seguro de nada al cien por cien, Linda! —exclamó contrariado Kinley.

—De todos modos, si hubiera algún fallo nadie podría sospechar nada. Simplemente se trataría de *otro* ataque al corazón. ¿No es así, Bob?

—Por supuesto. Pero será mejor que todo salga bien. Y ahora hablemos de otra cosa, Linda. Se trata de algo que me tiene muy preocupado.

—¿Qué es ello?

—Tú.

—¿Yo? —preguntó ella extrañada—. No te comprendo, Bob.

—Esta mañana, cuando he ido a visitar a tu marido, te he visto terriblemente nerviosa. Me preocupa tu reacción *después* de que él haya muerto. Linda, tienes que controlar esos nervios, ¿entiendes? No olvides que es posible que la Policía te haga algunas preguntas.

—¿Y por qué habría de interrogarme la Policía, Bob? Si Patrick muere aparentemente de un ataque al corazón y tú certificas su muerte como natural, no veo el motivo.

—El motivo se llama Hart.

—¿Hart?

—El nuevo inspector.

—¡Ah, sí! El otro día vino a visitarnos.

—Tengo entendido que es un hombre terriblemente meticuloso y testarudo. Sé que hará preguntas, sobre todo sí…

—¿Qué, Bob?

—Si llegara a descubrir lo nuestro.

—No tiene por qué descubrirlo.

—Te olvidas del cochero.

—Dios mío, es cierto…

—Tú me has asegurado que confías plenamente en él.

—Sí…

—Pero podría irse de la lengua.

—No lo creo. Además, ¿no me has dicho que ese líquido que le has inyectado a Patrick no deja rastro?

—Así es, pero si Hart llegara a saber que somos amantes… no sé, un individuo como él, tan testarudo y eficaz… podría crearnos problemas, ¿comprendes?

Linda se pasó una mano por los cabellos. Las palabras de Bob le habían inquietado.

—De todos modos —prosiguió él para calmarla—, no creo que llegue a pasar nada. Tienes que comportarte en todo momento con serenidad, Linda. No has de dejar ningún resquicio por el que ese inspector pueda meter las narices. Y en cuanto al cochero… bueno, no se me ocurre qué hacer con él. Pero es evidente que representa un peligro para nuestra seguridad. Tendremos que eliminarle.

—¿Qué? —Aquello era algo con lo que ella no había contado.

—No nos queda otro remedio.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Conozco a alguien que hará el trabajo por unas cuantas libras.

—¿Un asesino profesional?

—Algo parecido. Ahora, y procurando no levantar sospechas, tienes que enterarte de todos los pasos de ese cochero en Eton cuando no está a tu servicio.

Patrick Worcester comenzó a sentirse mal aquella misma noche, alrededor de las ocho, cuando estaba cenando en compañía de su

esposa. De repente, notó un fuerte dolor en el pecho y comenzó a sudar.

—Linda… —murmuró con voz entrecortada.

Ella levantó la cabeza del plato a tiempo de ver cómo su marido se derrumbaba en la silla.

—¡Patrick! —gritó.

Rápidamente acudieron el mayordomo y la doncella.

Pero ya era demasiado tarde.

Había muerto.

El inspector Alan Hart estaba obsesionado con el vuelo de aquella mosca porque, en realidad, no tenía otra cosa que hacer. Y mientras sorbía un poco de té de la taza que tenía al lado, pensó en la terrible injusticia que su hermano había cometido con él al trasladarle a aquel maldito lugar donde al parecer nunca ocurría absolutamente nada. Decidió que le escribiría una carta pidiéndole que lo trasladara a algún lugar donde hubiera un poco más de acción y pudiera demostrar sus cualidades de policía.

La puerta de su despacho se abrió repentinamente y apareció su ayudante, el tragón de Price.

—No somos nada —murmuró sirviéndose una taza de té—. ¿Verdad, inspector?

—Si usted lo dice…

—Es que es la verdad. Ya ve, parecía que Patrick Worcester iba a recuperarse y acabo de enterarme que ha palmado.

Hart miró a su subordinado.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un par de horas.

El inspector consultó su reloj de bolsillo.

—Es decir, a las ocho.

—Más o menos.

Hart se puso en pie.

—¿Cree que debo ir a darle el pésame a su esposa?

—¿Por qué no espera a mañana, inspector? Ahora ella estará aturdida…

—Tiene razón, Price. Iré mañana.

Y era cierto.

Linda estaba aturdida, pero mucho menos de lo que pudiera pensar la gente que había acudido a darle el pésame tan pronto se habían enterado de la noticia.

De vez en cuando se echaba a llorar desconsoladamente. Acababa de descubrir que llorar no era tan difícil si uno se lo proponía de verdad.

George, el primo hermano de Patrick, un hombre alto y fornido, estaba hundido. Era un conocido banquero de Londres. Siempre había mantenido una estrecha amistad con el difunto.

—No puedo creerlo —repetía una y otra vez moviendo la cabeza —. ¡Pero si hace tan sólo unos días estuve con él y parecía totalmente recuperado!

—Son cosas de la vida —le dijo con cara de circunstancias el señor Pollock, propietario del periódico local—. Un día amaneces perfectamente y al cabo de diez minutos…

—Tiene usted toda la razón del mundo —asintió con tristeza la viuda del coronel Sinclair Simpson—. Y si no que se lo pregunten al pobrecito de mi marido que por la mañana había ido de caza y por la tarde estaba de cuerpo presente.

Kinley, amablemente, se abrió paso entre el numeroso grupo de personas que se encontraban en el salón y se acercó a Linda.

Estaba sentada en un sofá, con ambas manos en el regazo y un par de lágrimas en los ojos, custodiada por dos vecinas, la señora Smith, esposa de un rico terrateniente y la señora Ferguson, esposa de un famoso abogado que se encontraba de viaje por Europa.

—¿Puedo hablar a solas con usted, señora Worcester? —le preguntó el médico.

Ella se disculpó con las dos mujeres y se alejó con Bob.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo él.

Ella le miró:

—¿De verdad? Pues tengo unos nervios que me están dejando sin aliento.

Kinley miró a su alrededor para asegurarse de que nadie pudiera oírles.

—Recuerda lo que te dije, Linda. Tienes que controlarte. Y ahora ve arriba.

—¿Qué?

—Sí, maldita sea… —replicó entre dientes Kinley—. Cuanto más tiempo te vea la gente junto al cadáver de tu marido, mucho mejor. Eso da autenticidad a la situación. Y no estaría de más que soltaras unas cuantas lágrimas.

—Hago lo que puedo.

—¡Pues tienes que hacer mucho más! Finge dolor, pena, lo que quieras. Pero no te quedes ahí, junto a ese par de esperpentos, mirando el suelo.

—Bob, es que…

—¿Qué?

—Cuando le veo en ese horrible ataúd… tan pálido… se me remueven las tripas.

—Eso es obra de tu conciencia.

—¡Por favor, Bob! ¡No digas eso ni en broma!

—Anda, sube.

—¿Es necesario?

—¡Te he dicho que subas! —exclamó él entre dientes.

Linda no tuvo más remedio que obedecer, aunque a regañadientes, y un instante después entraba en la habitación donde se encontraba el cadáver de su marido, a quién habían colocado sobre un suntuoso catafalco flanqueado por cuatro candelabros. La única luz de aquella habitación era la que despedían los cuatro cirios. Era todo tan tétrico, que Linda sintió un escalofrío.

El matrimonio Campbell, ricos hacendados de Eton, estaban allí en aquel preciso momento observando el cadáver con una marcada inexpresión en su caras. Cuando la señora Campbell reparó en la esposa del difunto, le dio un leve codazo a su marido y ambos se dirigieron presurosos hacia la viuda y le estrecharon la mano al tiempo que murmuraban algo que Linda no entendió. Después, abandonaron la habitación y ella se quedó a solas con el cuerpo sin vida de su marido al que habían vestido con un elegante traje y colocado un enorme escapulario.

De repente, Linda tuvo la impresión de que Patrick había movido un dedo de la mano derecha.

6

Se había hecho de día y el castillo se había ido llenando de gente. Linda no conocía a la mitad de todas aquellas personas. En realidad, no le importaban en absoluto. Pero no le quedó otro remedio que escuchar sus huecas palabras de consuelo y estrechar sus manos. Estaba harta de escuchar palabras estúpidas y de estrechar manos sudorosas. Sólo deseaba que aquella comedia llegase pronto a su fin, sobre todo desde que había tenido la desagradable impresión de que Patrick había movido un dedo de su mano derecha.

—Pudiera tratarse de una convulsión *post mortem* —le aclaró Bob Kinley.

Estaban ambos en el salón principal, junto a una ventana, algo apartados del resto de la gente.

—¡Fue espantoso!

—Me lo imagino, pero no pienses más en ello, Linda. Todo ha terminado ya.

—Aún no… mira a toda esa gente… ¡Dios mío! ¡Parecen buitres revoloteando sobre una presa!

—Ten calma. Dentro de un par de horas tendrá lugar el entierro. Después, seremos libres y ricos, pero…

—¿Qué, Bob?

—No volveremos a vernos durante algún tiempo.

—¿Por qué no?

—Usa la cabeza por una vez, Linda. Si nos vieran juntos comenzarían las murmuraciones.

—¿Y qué?

—¿Es que no lo entiendes? Soy el médico de la familia y cualquiera con un poco de imaginación podría llegar a pensar que todo ha sido convenientemente preparado por los dos para hacer desaparecer a tu marido.

—No creo que nadie llegara a suponer tal cosa, Bob. ¿Por qué habrían de sospechar?

—Cuidado…

—¿Qué ocurre?

—Ahí llega el inspector Hart.

—Dios mío. No le esperaba.

—Sobre todo conserva la calma, Linda.

—Señora Worcester…

Linda volvió la cabeza. Hart estaba frente a ella con el bombín en las manos y su cuerpo ligeramente echado hacia adelante.

—Inspector…

—Mi más sentido pésame, señora Worcester.

—Muchas gracias, inspector.

Hart miró a Bob Kinley.

—Doctor…

—Inspector Hart.

—Por fin nos conocemos.

—En efecto.

—Aunque lamento que haya tenido que ser en estas circunstancias.

—Yo también.

—Me gustaría ver el cadáver —dijo Hart dirigiéndose a Linda—. Es decir, si no tiene usted ningún inconveniente.

—Claro que no, inspector. Está en el piso de arriba.

—Deberíamos acompañarle —insinuó Kinley mirando fijamente a la muchacha.

—Sí…

Instantes después, estaban los tres ante el ataúd.

La habitación estaba vacía y los cirios seguían consumiéndose.

—Es una pena —murmuró el inspector—. Un hombre tan joven.

Linda se echó a llorar. A fuerza de intentarlo desde el día anterior, las lágrimas brotaban sin ninguna dificultad.

—Lo siento, señora Worcester —se apresuró a decir Hart—. Yo… yo… no quería…

—No se preocupe, inspector —respondió ella secándose las lágrimas—. Comprendo muy bien lo que ha querido decir.

Patrick Worcester, desde lo más profundo de aquellas tinieblas

en las que se encontraba atrapado, intentó decir:

—¡Inspector! ¡Estoy vivo! ¡Vivo! Pero a pesar de mis esfuerzos no puedo hablar. Ni puedo mover un solo músculo del cuerpo. Es como si me hubiera vuelto de piedra. ¡Inspector, mi esposa y Kinley han intentado asesinarme! ¡Por Dios, no permita que me entierren vivo! ¡Haga algo!

Julius O'Hara recibió la orden de abrir la cripta de los Worcester hacia el mediodía, precisamente cuando estaba dando buena cuenta de una pechuga de pollo.

—¡No me dejan tranquilo ni los sábados! —Gruñó levantándose de la mesa.

Se encaminó a la pequeña salita donde tenía las llaves de las criptas. De cada una de ellas colgaba un cartoncito con el nombre del propietario.

Cogió la que indicaba: FAMILIA WORCESTER.

Con ella en la mano abandonó la casita, dio un rodeo por entre las tumbas disfrutando de aquel agradable sol de otoño y unos instantes después se encontraba ante la cripta de los Worcester.

Era lujosa, toda de mármol del más caro, como correspondía a una familia de ricachones.

La cerradura chirrió un poco.

La abrió y bajó los cuatro polvorientos peldaños.

A la izquierda se encontraba la tumba de Michael Worcester, el padre del que acaba de morir. A la derecha estaba la de su madre, la respetable Anna Theresa Worcester.

Al padre no había podido birlarle nada. Se fue al otro mundo llevándose únicamente lo puesto. Pero a la madre le birló un espléndido broche de oro que llevaba prendido en el vestido con el que la había amortajado.

Y mientras adecentaba un poco todo aquello, se preguntó si Patrick Worcester habría salido a su padre o a su madre…

El inspector Hart asistió al entierro en un lujoso carruaje sentado entre el distinguido Pollock y el no menos distinguido primo del difunto, George Sillow, el banquero. Observaba a ambos de vez en cuando, de hito en hito, esperando que uno de los dos se dignara

abrir la boca, pero estaban tan silenciosos como el muerto.

Así que fue él quien rompió aquel angustioso silencio para decir, compungido:

—Es terrible, ¿no les parece? ¿Qué somos en realidad? Nada. Nada en absoluto.

—Tiene usted toda la razón, inspector —habló al fin Pollock—. Y la suerte golpea siempre a los mejores. Porque Patrick Worcester era un gran hombre. ¿No es cierto, señor Sillow?

—Lo es, sí, señor. No merecía la esposa que tenía…

—¿Qué quiere decir, con eso, señor Sillow?

—Nada, nada.

—Patrick Worcester conoció a Linda en un tugurio de Londres —dijo Pollock que al parecer estaba enterado de todo, como buen periodista que era—. Hizo de ella una gran mujer, pero…

—Pero ¿qué?

—Se dice, se rumorea que… en fin, ya me comprende inspector.

—¿Qué tiene un amante?

—Yo no he dicho nada —respondió Pollock haciendo un expresivo movimiento con la mano.

La comitiva fúnebre se detuvo ante la cripta y de los innumerables carruajes fueron descendiendo encopetados caballeros y luctuosas damas.

El ataúd fue depositado en el suelo para que el reverendo Massey pudiera pronunciar un demoledor responso acerca de la Vida y la Muerte.

Patrick Worcester, en el interior de la oscura y elegante caja, se esforzaba en comunicarse con los que estaban en el exterior, pero sus angustiosas palabras no podían ser oídas por nadie salvo por él mismo.

No podía hablar. Únicamente podía pensar.

«*¡Dios mío! ¡Qué alguien me saque de aquí! ¡Estoy vivo! ¡Vivooooo! ¡Por el amor de Dios! ¡Ayúdenme! ¡Estoy vivooooooooo!*».

El ataúd de Patrick Worcester fue colocado entre los de sus padres.

Luego, Julius cerró la puerta de la cripta después de haberle

preguntado amablemente a la bella viuda si deseaba permanecer un rato más en su interior.

—No… —respondió ella con un hilo de voz. Y rompió a llorar desconsoladamente.

No cabía ninguna duda de que su papel de viuda desgarrada por el dolor, lo había interpretado a la perfección.

7

Fue el agente Wellman quien, de un modo casual, descubrió el cadáver.

El mismo se encontraba entre unos arbustos del parque Sheppard, detrás de un banco, en el recinto del lago.

Wellman estaba haciendo su ronda cuando se fijó en una hermosa erica. Gran aficionado a las plantas, se acercó hasta ella para contemplar sus minúsculas campanillas de color blanco y fue entonces cuando reparó en un par de lustrosas botas.

Se olvidó de la erica y se metió entre los arbustos.

El cadáver estaba boca abajo. Tenía los brazos extendidos y un balazo en la nuca.

La documentación que el cadáver llevaba encima le identificaba como a Tim Brian.

Media hora más tarde, el inspector Hart estaba llamando a la puerta de la lujosa mansión de los Worcester.

Benjamín abrió con la solemnidad de siempre.

—Deseo hablar con la señora —le anunció el inspector.

—La señora está descansando.

—Vaya a avisarla, por favor. Se trata de algo muy grave.

El mayordomo dudó un instante pero finalmente se hizo a un lado para que Hart pudiera entrar. Le acompañó hasta el salón y luego desapareció sigilosamente.

Linda no tardó en bajar. Llevaba puesta una larga bata de seda y se había recogido los cabellos. A Hart le pareció que estaba terriblemente hermosa a pesar de la palidez que había reflejada en su rostro.

El inspector hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Lamento molestarla, señora Worcester.

—¿Qué desea, inspector? —Linda estaba haciendo un tremendo esfuerzo para aparentar una tranquilidad que no sentía. La

inesperada visita de Hart era alarmante.

—Hemos encontrado el cadáver de su cochero entre unos arbustos del parque Sheppard, señora Worcester. Alguien le ha asesinado.

A Linda le tocaba fingir una vez más.

Se derrumbó en una silla.

—¿A Brian?

—Sí, señora.

—¡Pobre hombre!

—Lamentable. ¿Cuándo le vio por última vez?

—Pues… creo que fue ayer. Sí, ayer.

—¿Sabe si tenía enemigos? Me refiero a alguien que le hubiera amenazado.

—Brian no tenía enemigos, inspector. Era la mejor persona que he conocido en mi vida.

—Comprendo. ¿Tenía familia?

—Un hermano. Vive en Londres.

—¿Nadie más?

—No, que yo sepa.

—Le agradecería que me diera su dirección si es que la conoce.

—Benjamín se la dará.

—Gracias.

—¿Alguna cosa más, inspector?

—Nada más por el momento, señora Worcester.

Hart regresó a su despacho y llamó a Price, su ayudante.

—Póngase en contacto con este hombre —le dijo entregándole una hoja de bloc—. Es el hermano de Tim Brian.

—De acuerdo, inspector.

—Price…

—¿Señor?

—¿No le parece extraño?

—¿El qué, inspector?

—El asesinato de ese cochero.

—Me parece repugnante. Pero extraño, no.

—Es posible que yo sea muy mal pensado. Sin embargo, si tengo que serle sincero, le confesaré que me parece raro que el cochero de la señora Worcester haya sido asesinado tres días después de la muerte del marido de ésta.

—¿Y qué hay de raro en ello? Se trata de una simple coincidencia.

—No creo en las coincidencias. Y usted, como buen policía, tampoco debería hacerlo.

—Inspector, ¿qué es lo que está pensando?

—Que Tim Brian sabía *algo* que podía comprometer a *alguien* y que por eso se lo han cargado.

—Tiene usted una gran imaginación. Pero podría ser cierto. ¿Sospecha de alguien?

—¡No! —Hart hizo un significativo gesto con la mano—. Me guío únicamente por un presentimiento. ¿Sabe, Price? El día del entierro alguien me hizo pensar que la señora Worcester pudiera tener un amante.

Price puso unos ojos como platos.

—¿De verdad?

—Supongamos que fuera cierto, Price. ¿De quién sospecharía usted?

—No tengo ni idea. ¿Y usted?

—Del doctor Kinley.

—¡Kinley! —repitió Price—. ¡Quién lo hubiera dicho!

—¡Eh, un momento! Que yo no he asegurado nada. Es sólo una suposición.

—¿Y por qué sospecha de él, inspector?

—El día del entierro les estuve observando. No se separaron ni un momento. Y en una ocasión vi que él le cogía cariñosamente una mano a la viuda.

—Puede que se hayan hecho buenos amigos. Y sería lógico teniendo en cuenta que Kinley era el médico personal del señor Worcester desde hacía mucho tiempo.

—Sí, es posible…

—Inspector…

Hart miró a su subordinado.

—No estará sospechando lo que yo me imagino que está sospechando, ¿verdad?

El inspector sonrió.

—¿Qué Kinley y Linda se pusieron de acuerdo para asesinar a Worcester?

—Exactamente, inspector.

—Pues sí.

Patrick Worcester, abrió los ojos.

No obstante la estrechez del ataúd, pudo mover un brazo para llevarse la mano a la frente.

La cabeza le dolía terriblemente.

En realidad le dolía todo el cuerpo. Tenía la sensación de que antes de meterle en aquel espantoso lugar le habían apaleado sin compasión. Pero, naturalmente, nada de todo aquello tenía la menor importancia. Lo realmente importante era poder salir de allí dentro.

Empujó la tapa del ataúd.

Pero no cedió.

Estaba herméticamente cerrada.

Volvió a intentarlo.

Nada.

Se tomó un pequeño respiro aunque sabía que no podía permitirse el lujo de esperar en exceso porque empezaba a faltarle el aire.

Hizo un nuevo intento para levantar la tapa.

Pero no consiguió sus propósitos.

«*Calma*», pensó. «*Has de procurar tener calma o estás perdido, Patrick».*

Lo intentó de nuevo sin resultado.

Aquello comenzaba a ser preocupante.

«*¿Y si además usaras las rodillas?».*

Dobló una todo lo que le permitió la estrechez del ataúd y a continuación colocó la palma de la mano contra la tapa.

«*A la una, a las dos, a las tres…».*

Empujó furiosamente con ambos miembros. Por un momento, tuvo la maravillosa sensación de que se iba a salir con la suya. La madera crujió débilmente. Pero no pasó de ahí.

Patrick Worcester comenzó a sentir miedo, un miedo pavoroso.

¿Y si no conseguía abrir la tapa?

¡Dios bendito! ¡No quería ni pensar en una muerte tan espantosa!

Se aflojó el cuello de la camisa (aquella zorra de Linda había tenido la delicadeza de ponerle una camisa de seda) y se pasó la

punta de la lengua por los resecos labios, para aliviar en lo posible la sed que estaba sintiendo.

«*Vamos a intentarlo de nuevo, Patrick*».

Repitió la operación anterior sin éxito y eso que en esta ocasión utilizó ambas manos y las dos rodillas.

—¡Que alguien me saque de aquíííííííííí! —gritó luego con desesperación.

Pero la única respuesta fue su propio lamento.

8

Julius regresaba al cementerio después de haber tomado algunas copas en la taberna El Pirata, cuando la vio.

Beatriz, la esposa de Herman, caminaba calle abajo con una cesta en la mano en dirección a la tienda de compra-venta de su marido.

Julius clavó su lasciva mirada en el hermoso trasero de la mujer, redondo, rellenito, perfecto y deseable. ¡Oh, cuántas veces había soñado con aquel trasero!

La llamó:

—¡Beatriz!

Ella se detuvo y se volvió y, al descubrir que se trataba de Julius, sonrió.

No le desagradaba aquel hombre a pesar de ser el enterrador. Era rudo, violento, audaz. Y sobre todo le gustaba porque le atraía cualquier hombre que no fuera su marido.

—Hola, Julius.

—¿A dónde vas tan decidida?

—A casa.

—¿Por qué no vamos a tomar una copa?

—No puede ser, Julius. Ya sabes cómo es mi marido y si alguien le dijera que me habían visto contigo…

—Ven entonces a mi casa. Te haré un bonito regalo.

—Ya es muy tarde.

—¿Mañana?

—Herman no me deja salir sola excepto cuando voy de compras…

—Bueno, pues mañana le dices a tu marido que vas de compras y te vienes a mi casa…

Ella dudó.

—No sé, Julius. Si Herman llegara a sospechar algo…

—No tiene por qué sospechar nada, mujer. Anda, ven. Tengo ganas de hablar a solas contigo. Y además, te haré un bonito regalo. ¿Qué me respondes?

—Muy bien. Iré sobre las cinco. Pero sólo me quedaré un momento.

—Entonces, hasta mañana, Beatriz.

La mujer se alejó a toda prisa meneando su hermoso trasero y Julius, más contento que unas pascuas, se fue a su casa pensando en la cita que acababa de concertar. Dio rienda a la íntima satisfacción que sentía poniéndose a silbar mientras caminaba. Algo le decía que Beatriz acabaría en su cama.

Cuando llegó a casa, se sirvió una generosa ración de vino y con el vaso en la mano se acercó a la ventana desde la que podía verse buena parte del cementerio. De repente, recordó que todavía no había registrado el cadáver de Patrick Worcester.

Sujetando la llave, tambaleándose ligeramente a causa de la excesiva ración de alcohol que llevaba en el cuerpo, se dirigió a la cripta.

Kinley abrió la puerta de su consultorio y miró al inspector Hart.

—¿Puedo entrar? —preguntó éste amablemente.

—Claro, inspector. Pase.

Una vez en el despacho del médico, Kinley preguntó:

—¿No se encuentra bien?

Hart sonrió.

—¡Oh, sí! Estupendamente. Por ahora disfruto de una salud de hierro. Mi visita es puramente de cortesía.

Kinley sabía que aquello no era cierto. La Policía no hace jamás visitas de cortesía y además ya había sido informado por Linda de la visita que le había hecho en la mansión. Si Hart jugaba a hacerse el astuto, él no le iría a la zaga.

—¿Quiere un *brandy*? —preguntó cortésmente Kinley.

—No, muchas gracias. Señor Kinley, iré directamente al grano. ¿De qué murió el señor Worcester?

Kinley sintió un aguijonazo en la boca del estómago pero forzó una sonrisa.

—Creí que me había dicho que su visita era puramente de cortesía, inspector.

—¿Eso he dicho? Lo siento. A veces soy un poco desmemoriado.

—El señor Worcester murió a consecuencia de un paro cardíaco. Llevaba mucho tiempo enfermo del corazón. Sabía eso, ¿no?

—Sí, mi ayudante me informó de ello.

—Cualquiera puede sufrir un paro cardíaco en un momento determinado. Pero si se está enfermo del corazón, las posibilidades son mucho mayores.

—Entiendo.

—Y el señor Worcester tenía enfermo el suyo.

—Ya.

—¿Satisfecho?

—¡Oh, sí! Claro.

—Y ahora dígame una cosa, inspector. ¿Por qué me ha hecho esa pregunta?

—Por curiosidad. Es un defecto profesional, ¿sabe?

Lo que sí sabía Kinley era que Hart le estaba tomando el pelo o, por lo menos, eso era lo que pretendía. Pero ocurría que él no era tonto. Sin embargo, estaba claro que el inspector sospechaba algo y eso era de temer. Habría que ponerse en guardia.

—¿Tiene alguna sospecha, inspector? —Kinley no quería demostrar ningún tipo de temor y se mostró interesado.

—En absoluto. Sin embargo…

—Diga.

—¿Se le hizo la autopsia?

Kinley se fingió extrañado.

—No había ningún motivo para hacérsela, inspector.

Éste insistió:

—¿No?

—Yo era su médico de cabecera y conocía perfectamente la causa de su muerte.

Hart pareció darse por satisfecho.

—Comprendo. Bien, será mejor que me vaya. Ya le he molestado bastante.

—¡Inspector!

Hart, que se encontraba ya a mitad de la puerta, se volvió lentamente.

—¿Sí, doctor?

Éste preguntó:

—¿Es que hay alguna duda acerca de la muerte del señor Worcester?

—Ninguna, doctor. Al menos… por ahora.

Cuando Kinley se quedó a solas, se derrumbó en su sillón. Las manos le temblaban.

¿Habría cometido algún fallo?

Sin embargo, el inspector Hart se sintió realmente satisfecho del resultado de aquella entrevista.

Había conseguido poner nervioso a Kinley. Y eso era malo.

Para Kinley, claro.

El rostro de Julius se contrajo por la sorpresa cuando al abrir el ataúd se encontró con que el muerto que había en su interior estaba tan vivo como él.

—¡Aaag!

Retrocedió, con los ojos abiertos como platos, tropezó con los escalones y a punto estuvo de caer al suelo.

Patrick Worcester estaba amoratado y sudoroso. Respiraba con dificultad y tenía ambas manos crispadas sobre las rodillas.

Poco a poco, Julius fue recobrando la calma.

A él era la primera vez que le ocurría algo parecido, pero a su antecesor en el cargo le sucedió lo mismo en cierta ocasión. De repente, oyó unos gritos espeluznantes y al abrir el ataúd se encontró con que el *difunto* estaba vivito y coleando. El pobre hombre sufrió tal impresión que murió allí mismo a causa de un síncope.

Julius no estaba dispuesto a que le ocurriera lo mismo por lo que procuró serenar sus agitados nervios.

—¿A qué está esperando? —le preguntó con irritación el *muerto* —. ¡Sáqueme de este infierno de una maldita vez!

Pero la operación no resultó tan fácil.

Agarró a Worcester por los sobacos y tiró de él hacia arriba pero al estar su cuerpo totalmente entumecido y falto de energías, Julius no consiguió sus propósitos así que no le quedó otro remedio que cogerle en brazos como si fuera un paralítico.

Cargado con él, atravesó todo el cementerio, entró en la casa y lo depositó en su cama.

El inspector Hart sorbió un poco de té y miró a su ayudante.

Price estaba frente a él dando cuenta de un bocadillo de jamón y queso. A Hart le resultaba difícil comprender dónde podía meter su subordinado tal cantidad de comida. Con toda seguridad tenía algún boquete en el estómago.

—Si me lo permite, inspector —dijo Price sin dejar de masticar —, está usted jugando con fuego. No hay ninguna prueba de que el señor Worcester haya sido asesinado.

—Lo sé. Pero ese Kinley esconde algo. Y el asesinato de Tim Brian me ha puesto en estado de máxima alerta. Por cierto, ¿ha dicho el forense a qué hora fue asesinado?

—Entre las cuatro y las seis de la tarde.

—¿Le han comunicado la muerte a su hermano?

—Sí, señor.

—En cuanto ese hombre llegue, quiero hablar con él.

—¿Piensa que pueda saber algo interesante?

—Es posible. Price, creo que ese pobre hombre conocía algo comprometedor y por ese motivo fue asesinado.

—¿Piensa en el doctor Kinley?

—¿Y por qué no?

—Imposible.

Hart levantó los ojos de la taza y miró a su ayudante.

—¿Imposible? ¿Qué quiere decir con eso?

—Si Brian fue asesinado entre las cuatro y las cinco de la tarde, no pudo haberlo hecho el doctor Kinley.

—Explíquese.

—A esa hora estaba en el consultorio.

—¿Seguro?

—Mi mujer se encontraba allí. Y le vio cómo yo le estoy viendo a usted en este momento.

El inspector se echó hacia atrás y luego de unos instantes de reflexión dijo:

—Pudo pagar a alguien para que lo hiciera.

—La ha tomado usted con el doctor Kinley, ¿eh?

—Me temo que sí. Y también que él y Linda son amantes y que entre ambos planearon la muerte de Patrick Worcester. Y me temo asimismo que Tim Brian fue asesinado porque estaba al corriente de todo.

—Eso es muy gordo. Pero no tiene pruebas.

—No, todavía no, Price. La lástima es que no puedo ordenar una exhumación del cadáver. Si lo hiciéramos, estoy convencido de que nos encontraríamos con una buena sorpresa.

En aquel instante, entró un policía en el despacho para anunciar que el hermano de Tim Brian acababa de llegar.

—Que pase —ordenó Hart poniéndose en pie.

Dick Brian resultó ser un individuo bastante fornido.

Nada más entrar en el despacho, exclamó con vehemencia:

—¡Sé quién ha sido el bastardo que ha asesinado a mi hermano, inspector!

El inspector Hart dio un rodeo a su mesa y se colocó delante del excitado hermano de Tim Brian.

—¿Qué sabe quién es el asesino? —le preguntó.

—¡Sí!

—¿Quién lo hizo?

—Joe Carter, alias «As de Pick».

Hart lanzó una mirada a Price. Éste se encogió de hombros.

—¿Quién es ese individuo?

—Un jugador.

—¿Su hermano y él tenían algún trato?

—¡Claro! Tim le debía bastante dinero a Joe Carter y éste le amenazó con matarle si no le pagaba. Inspector, mi hermano era un jugador empedernido y cada vez que llevaba a la señora Worcester a Londres, se iba a jugar, ¿comprende?

—Entiendo… —Hart encendió un cigarrillo—. Pero ¿qué pruebas tiene de que lo haya hecho ese «As de Pick» o como se llame?

—¡No necesito pruebas! ¡Sé que ha sido él! ¡Deténgale! Sé dónde puede encontrarle…

—Un momento, señor Brian —le interrumpió Hart—. La Policía sí necesita pruebas para detener a alguien y, si usted no me las proporciona, no puedo detenerle. ¿Está claro?

—Pero ¿qué otra persona iba a querer asesinar al pobre Tim, inspector? ¡Mi hermano era un santo! No tenía enemigos salvo ese canalla de Carter.

—Ésa no es ninguna prueba, señor Brian. Y le voy a decir más. No creo que le haya asesinado el tal Carter.

Aquel individuo puso cara de asombro.

—¿No? Entonces, ¿quién lo hizo?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar. Veamos, cuando llevaba a la señora Worcester a Londres, ¿usted y él charlaban alguna vez?

—Casi siempre.

—¿Y qué le decía?

—No le entiendo.

—Me refiero a los motivos por los cuales la señora Worcester se trasladaba a Londres.

Dick Brian soltó una risita.

—¿Qué le hace gracia? —le preguntó Hart.

—Es usted muy astuto, inspector.

—¿Ah, sí? Gracias, hombre.

—La señora Worcester iba a Londres para verse con su amante.

Hart se sentó frente a Dick Brian. Daba gusto hablar con personas con una lengua tan fácil.

—¿Le dijo alguna vez su hermano quién era el amante de la señora Worcester?

—Nunca.

—No me engañe.

—No le estoy engañando.

Hart se sintió un poco defraudado. Le habría gustado oír que se trataba de Kinley. Eso le habría dado motivos más que suficientes para ordenar la exhumación del cadáver de Patrick Worcester. Pero no todo estaba perdido.

—¿Dónde solía encontrarse la señora Worcester con su amante?

—En un hotel.

—¿Qué hotel?

—¡Y yo qué diablos sé! Tim no me lo dijo jamás.

—¿Podría averiguarlo, señor Brian?

—¿Yo? ¡Eso es cuestión de la poli!

—Le estoy pidiendo un favor, hombre.

—No lo sé. Podría intentarlo.

—Muy bien. Estaré esperando sus noticias.

—¿Puedo ver el cuerpo de mi hermano?

—Por supuesto. Price, acompáñele.

—Sí, señor.

Al quedarse a solas, Hart encendió otro cigarrillo. Cada vez estaba más cerca de la verdad, lo presentía. Pero tenía que ir con mucho cuidado porque si cometía algún error, su hermano, el superintendente más brillante de Scotland Yard, le enviaría a Picadilly Circus a dirigir el tránsito.

9

—¿Tiene hambre? —preguntó Julius a su «invitado».

Worcester movió la cabeza.

—Sólo tengo sed —dijo.

Julius fue corriendo hasta el grifo de la cocina, lleno un vaso y regresó al dormitorio. Encontró a Worcester intentando levantarse de la cama. El enterrador dejó el vaso sobre la mesita y fue en su ayuda.

—¡No me toque! —gritó Worcester—. Tengo que conseguirlo solo.

—Bien, bien…

Logró enderezarse y dar un par de pasos, pero de repente perdió el equilibrio y, si no llega a ser por el enterrador, se habría desplomado al suelo. Julius le sujetó a tiempo y le condujo de nuevo a la cama.

Worcester masculló algo entre dientes.

—No tardará en conseguir lo que se propone, señor Worcester —le dijo amablemente Julius—. Quizá mañana. Yo le ayudaré.

—Es usted muy amable conmigo, Julius.

—¿Sabe mi nombre?

—En Eton todo el mundo conoce el nombre del enterrador. Es tan famoso como el Alcalde.

Por un momento, Julius se sintió muy orgulloso de ser tan famoso.

—Deme ese vaso de agua, por favor.

Worcester se la bebió de un trago.

—Ahora me encuentro mejor —dijo después. Y miró al enterrador—. Usted y yo tenemos mucho de qué hablar, Julius. Siéntese.

El enterrador obedeció.

—Se estará preguntando qué es lo que ha ocurrido, ¿verdad?

—Me imagino que todo se ha debido a un proceso cataléptico. No es la primera vez que sucede. Mi antecesor vivió un acontecimiento parecido y…

—No, no, Julius. No ha sido eso.

—¿No?

—El doctor Kinley me inyectó una sustancia que debía provocarme un ataque al corazón. Pero algo ha debido fallarle y aunque estuvo a punto de conseguir su propósito, aquí estoy vivo como él y dispuesto a vengarme.

—¿Y por qué quiso asesinarle el doctor Kinley?

—No sólo fue él —los ojos de Worcester se entrecerraron y en su pálido rostro asomó un rictus de odio—. Mi esposa fue su cómplice.

—¿Qué?

—¿Comprende, Julius? Lo que pretendían era eliminarme y apropiarse de toda mi fortuna. Ellos son jóvenes y amantes y pensaron que de ese modo podrían disfrutar de una larga vida amorosa y opulenta.

—¡Canallas!

—Sí, Julius. Son unos canallas. Pero les ha salido el tiro por la culata. ¡Ahora van a saber quién es Patrick Worcester!

—¿Qué piensa hacer?

—Ya se lo he dicho. Vengarme. Y estoy en unas magníficas condiciones para poder hacerlo. ¿Comprende lo que quiero decir, Julius? Ellos creen que estoy muerto. Y dejaré que lo sigan creyendo. Dejaré que lo siga creyendo todo el mundo. Sólo usted conocerá la verdad.

—¿Quiere decir que se va a quedar aquí conmigo?

—Únicamente por poco tiempo, Julius. Por poco tiempo. Un par de semanas a lo sumo. No le importa, ¿verdad?

—No, claro que no, señor Worcester.

—No se arrepentirá, Julius. Haré de usted un hombre rico. Muy rico.

Aquellas palabras animaron considerablemente al enterrador, que preguntó con curiosidad:

—¿De qué modo, señor Worcester? Está usted *oficialmente muerto*. ¿De dónde va a sacar el dinero? Supongo que habrá pasado a manos de su esposa.

Worcester se echó a reír.

A carcajadas.

—¡Eso es lo que ella cree, Julius! ¡Ja, ja, ja! Todavía no había hecho testamento a su favor y hay unos trámites que cumplir. Y si apareciese un testamento… ¡Ja, ja, ja, ja! ¿No tiene gracia? *¡Me habrían asesinado por casi nada!* ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Hasta Julius se puso a reír.

El doctor Kinley y Linda se vieron a solas en un refugio que los Worcester poseían en las colinas de Stepelton, a unas diez millas de Eton.

Era un lugar solitario, ideal para un encuentro entre dos amantes.

Se arrojaron el uno en brazos del otro como dos fieras sedientas de cariño (aquél era su primer encuentro a solas desde la muerte de Patrick Worcester) y en un abrir y cerrar de ojos se desnudaron, se metieron en la cama e hicieron el amor.

Luego, algo más calmados, abordaron el tema.

—Ese maldito Hart sospechaba algo —dijo Linda.

—Quizá sí, cariño, pero no tiene pruebas. Ninguna *prueba*. La única persona que podía hablar, está muerta.

—¡Qué ganas tengo de que termine de una vez esta maldita pesadilla!

—Ya falta muy poco. En cuanto seas la dueña de la fortuna de los Worcester, nos iremos de aquí tal como planeamos. Venezuela nos espera. Tengo entendido que aquello es maravilloso.

—Bob, ¿no te parece extraño que el abogado de Patrick aún no me haya avisado para hablar de la herencia?

—Esa gente se toma las cosas con calma. Pero supongo que no hay ninguna duda de que tú eres la heredera de la fortuna de los Worcester, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamó ella muy convencida—. Tranquilo, Bob. La fortuna de los Worcester es mía.

—Eso espero, cariño.

10

Al día siguiente, Patrick Worcester dio los primeros pasos y comió algo.

—¡Me siento como nuevo, Julius!

—Me alegro, señor Worcester.

—¡Ah! ¡Mi venganza va a ser terrible!

En las últimas horas, el *muerto viviente* había repetido hasta la saciedad las mismas palabras. Se diría que era su única obsesión.

Y, en realidad, era lo único que le obsesionaba.

La venganza.

—Dentro de unos días nos trasladaremos de lugar, Julius. Nos iremos a vivir al castillo que poseo en Madley. Aquello está un poco abandonado. Nadie nos buscará allí.

Julius preguntó:

—¿Qué idea se le ha metido en la cabeza, señor Worcester?

Patrick sonrió siniestramente.

—Ya lo verás, Julius. Ya lo verás…

—No pretenderá hacer algo malo, ¿verdad?

—¿Crees que haría algo malo si matara a mi esposa y a su amante?

—¿Es eso lo que tiene intención de hacer?

—¡Naturalmente! Y tú vas a ayudarme.

—¡Ah, no! ¡De eso, nada! No cuente conmigo.

—¿Por qué no, Julius? ¿Te remordería la conciencia?

—No está bien matar a alguien, no, señor.

—¿Y robar a los muertos? ¿Te parece bien?

—Eso… eso es distinto.

—¿Dónde está la diferencia?

—Los muertos ya están muertos, señor Worcester. Y por otro lado, no necesitan para nada sus joyas y alhajas.

—Eres un perfecto idiota, Julius. Te estoy ofreciendo la

oportunidad de hacerte rico. Y tú la rechazas. Prefieres seguir robando a los muertos a cambio de obtener unos miserables chelines. Usa la cabeza. Si me ayudas, no tendrás que volver a profanar jamás ninguna tumba. Te daré el dinero suficiente para que puedas vivir espléndidamente el resto de tu vida.

El enterrador se rascó la nuca. Mirándolo de ese modo, Worcester tenía razón. Pero ¿quién le decía que aquel individuo cumpliría su palabra?

—¿Por qué tengo que fiarme de usted? ¿Y si me engaña?

—No voy a engañarte, Julius. Te doy mi palabra de honor. Y si lo prefieres, te firmo un documento.

—Señor Worcester, ¿y no sería mucho mejor que se presentara usted a la policía y les contara la verdad?

—¡No, diablos, no! El placer de la venganza es sólo mío. ¿Comprendes? Es algo que me pertenece y que no estoy dispuesto a compartir con nadie. Bueno, ¿qué me dices? ¿Aceptas colaborar conmigo o no?

—¿Qué tendré que hacer?

—Te lo diré a su debido tiempo.

Julius se encontró de pronto con que estaba mirando en dirección al cementerio. Odiaba aquel lugar. Las tumbas le parecían horribles, todo le parecía horrible. En realidad, le parecía horrible hasta su propia existencia. ¿Quién podía ser feliz en un lugar como aquél?

—De acuerdo, señor Worcester. Le ayudaré.

—¡Magnífico! No te arrepentirás. ¿Tienes algo para comer? Se me ha vuelto a abrir el apetito.

—Naturalmente. Venga conmigo.

Se trasladaron a la pequeña cocina y, en ese momento, apareció un rostro tras los sucios cristales de la ventana.

Worcester gruñó algo sin saber de quién se trataba.

Pero Julius, sí lo sabía.

—¿Quién es esa joven? —quiso saber Worcester.

—Beatriz Herman, la esposa del dueño de la tienda de compra-venta. Habíamos quedado citados a las cinco.

—¿Crees que me habrá reconocido?

—Espero que no…

—Averígualo.

—¿Y si lo ha hecho?

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pero…

—¿Piensas colaborar conmigo sí o no, Julius?

El enterrador asintió con la cabeza y abandonó sumisamente la cocina. Se reunió con la muchacha a la entrada de la casita.

—Hola, preciosa —la saludó mientras sus inquietos ojos recorrían el opulento busto de la chica.

—Oye, Julius…

—¿Qué?

—No creo haber visto visiones, pero ese hombre que estaba contigo en la cocina…

—¿Sí?

—¿No es Patrick Worcester?

Julius palideció de pena al oír aquello.

Beatriz había acudido a aquella cita para estar un rato a solas con aquel animal de Julius. Era un hombre que siempre le había gustado a pesar de su horrible profesión. Tenía la certeza de que era un magnífico amante, tal como suelen serlo los hombres rudos y violentos. Pero lo que no hubiese podido imaginar nunca, era que él le atenazase el cuello de aquel modo y que poco a poco le fuese dejando sin respiración.

—Aquí está el señor Herman, inspector —anunció el policía de servicio—… Desea hablar con usted.

—Que entre.

El marido de Beatriz, más pálido que un muerto, hizo su aparición en el despacho de Hart.

—¡Mi esposa ha desaparecido! —exclamó de buenas a primeras.

—Cálmese y cuéntelo todo desde un principio, señor Herman.

—Esta tarde, a las cinco, tenía que estar en casa de la modista y son las siete y media y todavía no ha regresado.

—Es posible que siga allí, ¿no? Ya sabe usted como son las mujeres cuando…

—No ha ido.

—¿Cómo?

—¡Que no ha estado en casa de la modista!

—¿Está seguro?

—¡Claro que lo estoy, inspector! Ahora mismo vengo de allí.

—Bueno, es posible que se haya entretenido con alguna amiga.

—¡Beatriz no tiene amigas! ¡Sólo me tiene a mí!

La puerta del despacho se abrió en aquel momento y entró Price. Hart le contó lo que sucedía.

—Eton no es Londres —dijo Price—. La encontraremos muy pronto. Y ahora váyase a su casa, señor Herman. Le avisaremos en cuanto sepamos algo.

Herman abandonó el despacho exclamando compungido:

—¡Estoy seguro de que le ha ocurrido algo malo! ¡Sí, estoy completamente seguro!

Los dos policías se quedaron a solas y Hart comentó:

—¿Se da cuenta de una cosa, Price?

—¿De qué, inspector?

—De que de un tiempo a esta parte están ocurriendo cosas muy raras en esta ciudad.

—Debo admitir que es cierto. Hasta hace poco, esto era como un paraíso para cualquier policía.

—¿Qué tal es la señora Herman? —preguntó Hart.

—Tiene un par de…

—No me refiero a eso, Price —gruñó el inspector.

—Es una buena mujer. Simpática y amable. Es una lástima que se haya casado con Herman.

—¿Por qué?

—Porque ese tipo es despreciable. La tiene sujeta a una pata de la cama, ya me entiende… No le permite hablar con nadie, ni ver a nadie. Todavía no entiendo como la ha dejado ir a casa de la modista sin acompañarla.

—¿Cree que podría haberse fugado con algún hombre?

—¿Quién? ¿Beatriz? ¡Ni hablar! Es una santa.

—Ya veremos… —murmuró Hart—. Está bien, encargue a alguien que la busque, Price.

11

El doctor Kinley despachó a su última visita, cerró la puerta del consultorio y se desperezó. Había sido un día realmente agotador. Abrió un cajón y sacó una botella de *whisky* y un vaso. Se sirvió una generosa ración, que apuró de un solo trago. Un agradable calorcillo en sus tripas hizo que se sintiera perfectamente en un abrir y cerrar de ojos. Guardó la botella y el vaso en el cajón y encendió un cigarrillo.

Y mientras fumaba con calma, se preguntó con cierta inquietud el motivo por el cual Linda aún no había recibido ninguna notificación de su abogado respecto a la herencia de Patrick Worcester. En realidad, ya debería haberle dicho algo. ¿Por qué no lo había hecho?

De repente, oyó un ruido en el jardincillo que tenía en la parte trasera de la casa. Se acercó a la ventana y echó un vistazo al mismo pero no vio nada sospechoso. De todos modos, con aquella oscuridad que reinaba era difícil ver algo.

Decidió salir de dudas, así que abrió la puerta y bajó la media docena de escalones que separaban el jardincillo de la casa.

Cuando estaba mirando en torno suyo, una sombra apareció ante él.

A pesar de la oscuridad, Kinley le reconoció de inmediato.

Exclamó:

—¡Julius! ¿Qué diablos está usted haciendo aquí a estas horas?

El enterrador no se molestó en responder a la pregunta. Se limitó a golpear con su poderoso puño el rostro del médico.

El impacto fue terrible.

Kinley salió despedido hacia atrás y cayó sin sentido sobre los escalones.

Julius se agachó, cargó con el cuerpo del médico y se perdió en las sombras de la noche.

Kinley despertó en una oscuridad aterradora y tardó varios segundos en tomar conciencia de lo que había ocurrido. Recordó a Julius y su poderoso puño emergiendo en la noche como un ariete y golpeando brutalmente su rostro.

¿Por qué le había atacado el enterrador?

¿Por qué le había secuestrado?

¿Dónde estaba?

Se puso pesadamente en pie, apoyando una mano en la húmeda pared, intentando encontrar algún rayo de luz. Pero estaba todo tan oscuro que sintió un repentino terror.

Anduvo a ciegas. Tropezó con algo que estuvo a punto de tirarle al suelo. Se agachó con el fin de palpar el objeto con el que había tropezado. Su mano detectó algo esférico y liso, pero que un poco más abajo se hundía ligeramente.

Recordó entonces con alivio que llevaba una caja de cerillas en uno de los bolsillos de su chaqueta.

La cogió y encendió una.

Con mano trémula, dirigió la llama hacia el objeto con el cual acababa de tropezar y un ronquido de terror se escapó de su garganta.

—¡Era un esqueleto y todo el suelo estaba sembrado de ellos!

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Worcester no paraba de reír.

Julius, con una jarra de cerveza entre sus manos, le observaba con cierto recelo. Parecía que su socio se hubiera vuelto repentinamente loco.

—¿Crees que ya habrá recobrado el conocimiento, Julius? —preguntó Worcester sin dejar de reír.

—Es posible.

—¡Cómo me habría gustado ver la cara que debe haber puesto al abrir los ojos!

Julius opinó:

—Señor Worcester, creo que deberíamos irnos de aquí esta misma noche.

—¿Por qué tanta prisa?

—Estoy seguro de que Herman ya habrá ido a la policía para dar cuenta de la desaparición de su esposa.

—¿Y qué?

—Suponga que alguien ha visto a Beatriz entrando en el cementerio.

—Que vengan. Que busquen. No la encontrarán jamás a no ser que alguien les diga dónde está enterrada. Y tú no harás eso, ¿verdad, Julius?

—¿Me toma por idiota?

Worcester se rascó el mentón, pensativamente.

—De todos modos —dijo al poco rato—, no te falta razón. Creo que permaneciendo aquí estamos corriendo un riesgo innecesario.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Nos trasladaremos a Madley en cuanto ese bastardo de Kinley haya muerto. ¿Cuánto crees que podrá durar en esa fosa común, sin agua, sin alimentos y sin apenas oxígeno?

—No tengo ni idea. Pero quizá mañana ya haya palmado.

—Me gustaría poder verle, Julius, me gustaría presenciar paso a paso su lenta agonía. ¿Es posible?

—No, a no ser que quitemos la gruesa lápida que cubre la entrada…

—Da lo mismo. Se me acaba de ocurrir una idea mejor…

Kinley ya había descubierto su trágico destino.

Había descubierto con horror que se encontraba en una fosa común, atrapado entre los muertos y casi tan muerto como ellos.

Se había desgañitado pidiendo socorro pero nadie le había prestado la menor atención.

¡Estaba enterrado en vida!

¡Por todos los santos del cielo! ¿Por qué había ido a parar allí? ¿Qué crimen había cometido para merecer semejante castigo?

Sí, había cometido un crimen.

Había asesinado a Patrick Worcester.

¿Era aquella *su venganza*?

¡Qué estupidez! Worcester estaba muerto.

Y los muertos no pueden vengarse de nadie.

A no ser que Linda se hubiera propuesto deshacerse de él. ¿Pero qué tenía que ver ella con Julius, el enterrador? No, todo aquello era absurdo. Linda le amaba. Entonces, ¿*quién* le había condenado a morir?

—Doctor Kinley…

La voz se escuchó lejana, al otro lado de la lápida. Kinley retrocedió, aterrorizado.

—¡Soy Patrick Worcester!

—No…

—¿Me oye?

—¡No es posible! —gritó Kinley—. ¡Patrick Worcester está muerto!

—¿De verdad cree que lo estoy Kinley? ¡Entonces es que debo estar hablándole desde el otro mundo! ¡Ja, ja, ja!

—¡NOOOO! —aulló el médico tapándose los oídos—. ¡Sólo es una pesadilla!

—¿Quiere una prueba de que estoy vivo? Pues se la voy a dar. Usted y Linda planearon mi muerte para quedarse con toda mi fortuna. Y es posible que todo les hubiera salido a pedir de boca de no ser por un par de cuestiones muy importantes; la primera, que la dosis que me inyectó usted no fue lo bastante fuerte como para matarme, y la segunda, que aparecerá un testamento desheredando a mi esposa. ¿Qué le parece, Kinley? ¡Todo lo que hicieron usted y ella no les ha servido para nada… excepto para ser víctimas de mi venganza!… Y bien… ¿qué tiene que decir ahora?

Silencio.

Un silencio sepulcral.

Worcester miró a Julius. Ambos se encontraban junto a la lápida que cubría la entrada a la fosa común.

—Me parece que ha palmado de miedo —dijo el enterrador sombríamente.

—Asegúrese.

Julius ató una cuerda a un árbol próximo, retiró no sin cierto esfuerzo la lápida y bajó por la cuerda hasta la tenebrosa y maloliente fosa común.

Al cabo de unos segundos, Worcester vio el débil y lejano resplandor de la llama de una cerilla en la oscuridad y escuchó la voz del enterrador.

—¡Está más muerto que mi abuela!

—Ate su cuerpo a la cuerda, Julius. Yo tiraré de ella.

—¿Para qué?

—Eso es cosa mía. ¡Haga lo que le digo!

Instantes después, el cuerpo de Kinley bailaba al otro extremo de la cuerda…

12

—¿Se da cuenta, Price? —preguntó desconcertado el inspector Hart—. Esto comienza a ser como una epidemia.

—Tiene razón —asintió Price dando el último mordisco a su bocadillo de queso. Y con la boca llena, añadió—: A este paso vamos a tener que pedir refuerzos a Londres.

Hart encendió pensativamente un cigarrillo y se acercó a la ventana. Contempló la lluvia que estaba cayendo y finalmente se volvió a su ayudante.

—Primero fue Tim Brian, después la esposa de Herman y ahora el doctor Kinley. Un asesinato y dos desapariciones en algo más de una semana. No está nada mal, ¿verdad?

—¿No pedía usted acción? —sonrió Price—. ¡Pues ya la tiene!

—Muy gracioso.

Sonó un trueno en la lejanía. Hart se apartó de la ventana y dio un par de vueltas por el despacho. Finalmente se detuvo y miró a Price.

—Hasta que Patrick Worcester estuvo con vida, Eton fue como un paraíso. Pero desde que ha muerto, han ocurrido cosas muy extrañas, ¿no le parece?

—Es cierto. No había caído en ello, inspector.

Hart comenzó a ponerse el abrigo.

—Voy a visitar a Linda Worcester —dijo.

En ese momento, entró un policía en el despacho. Hart le miró, ceñudo.

—¿No sabe llamar a la puerta?

—Perdone, inspector.

—Bien, ¿sucede algo?

—Una mujer asegura que vio a la esposa de Herman entrando en el cementerio.

—¿Y qué tiene eso de particular?

—Pues que, según él, los Herman no tienen a nadie enterrado allí. Lo más seguro es que fuera a visitar a Julius.

—¿El enterrador?

—Así es, inspector. Al parecer, se gustaban.

—Muy interesante. Interroguen a ese hombre. Yo voy a casa de los Worcester.

Afortunadamente, cuando Hart abandonó la Comisaría ya había dejado de llover, por lo que tenía un motivo menos para estar de mal humor. La lluvia le ponía frenético porque acentuaba sus molestias reumáticas.

Encontró a Linda arreglando las plantas de una galería. Cuando vio a Hart, dejó lo que estaba haciendo y se aproximó a él. Llevaba un vestido de luto pero estaba preciosa. El policía se preguntó si aquella belleza podría haber sido capaz de asesinar a su esposo… porque él seguía creyendo que Patrick Worcester había sido asesinado…

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, señora Worcester. Lamento molestarla, pero se trata de algo importante.

—Tome asiento, por favor.

Se sentaron el uno frente al otro, cerca de la ventana del salón.

—¿Cuándo vio usted por última vez al doctor Kinley? —preguntó Hart de buenas a primeras.

—No… no le comprendo… —respondió ella poniéndose en guardia—. Habla de él como si hubiera… muerto.

—¿Es que no lo sabe?

—¿A qué se refiere, inspector?

—Parece ser que el doctor Kinley ha desaparecido.

Hart comprobó que Linda se había puesto terriblemente pálida.

—¿Desa… parecido?

—En efecto. Y nadie sabe dónde se encuentra. Ni su enfermera, ni la mujer de la limpieza, nadie. Se lo ha tragado la tierra.

—Es posible que haya ido al «Hospital Buena Esperanza», en Londres. Tiene algunos pacientes allí.

—Su enfermera ha comprobado ese extremo. No le han visto.

—Es extraño… —murmuró Linda mirando fijamente al inspector.

—Repito mi pregunta de antes. ¿Cuándo le vio usted por última

vez?

—El día del entierro de mi marido, que en paz descanse.

—¿Y no ha vuelto a verle desde entonces?

—No.

—¿Está segura?

—¡Claro que lo estoy! No existe ningún motivo para habernos visto después, inspector.

Hart pensó que o aquella preciosidad estaba diciendo la verdad o sabía mentir como nadie.

—Últimamente están ocurriendo cosas muy extrañas en Eton, señora —dijo distraídamente el inspector pero sin apartar sus ojos de Linda—, ¿no opina lo mismo?

—Sí… —respondió ella sin excesivo entusiasmo.

—Bien —Hart se puso en pie—. Ya la he molestado bastante, señora Worcester. Es hora de que me vaya.

Hart había tenido un repentino presentimiento y al abandonar la mansión se ocultó tras unos árboles próximos a la misma. Mientras esperaba, se escuchó un trueno en la lejanía.

La idea de que pudiera volver a llover otra vez, le hizo soltar un taco.

Diez minutos después, vio a Linda abandonando a toda prisa la mansión. Subió a un pequeño carruaje y se alejó de allí a toda velocidad fustigando al caballo como una loca.

Hart cruzó de nuevo el parque y llamó.

Al verle, el mayordomo arrugó el ceño.

—¿Se le ha olvidado algo, inspector?

—¿A dónde ha ido la señora?

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no quiere decírmelo?

El mayordomo no respondió.

—Puedo hacer que le detengan, ¿sabe? —dijo tranquilamente Hart—, y tenerle encerrado hasta que hable.

—Creo que ido al refugio de las colinas de Stepelton, inspector.

Media hora más tarde, Hart se reunía en su despacho con su ayudante, Price.

—¿Se sabe algo de Kinley? —preguntó el inspector mientras se despojaba del abrigo.

—No, señor. Y usted, ¿ha averiguado algo?

Hart se sirvió una taza de té.

—Sí. Lo que yo sospechaba, Price. Linda Worcester y Kinley son amantes.

—¿Cómo diablos lo ha sabido?

—El mayordomo que hay en la casa se ha ido de la lengua. A los mayordomos no se les escapa nada, Price. Eso confirma mis sospechas. Cada vez estoy más convencido de que Patrick Worcester fue asesinado. Lo único que no encaja en todo esto, es la desaparición de Kinley… ¿Han hablado con el enterrador?

—No ha sido posible, inspector.

—¿Por qué no? —preguntó Hart mirando por encima de la taza a su ayudante.

—Porque ha desaparecido.

Llegaron al castillo de Madley cerca del anochecer, bajo una furiosa tormenta.

Entre Julius y Patrick Worcester sacaron el féretro del carruaje y lo condujeron por un angosto sendero, bajo una intensa lluvia, a la parte posterior del lóbrego edificio.

Allí había un patio. Cruzaron éste y se metieron por una puerta. La oscuridad era total y tan sólo el momentáneo brillo de los relámpagos le permitió ver al enterrador que se encontraban en un ancho pasillo al final del cual había una escalera.

Bajaron por ella con ciertas dificultades debido a la oscuridad reinante.

De repente, Julius oyó la voz de Worcester.

—Hacia la derecha. Hay una mesa. Dejaremos el féretro sobre la misma.

Lo hicieron así y a continuación Worcester se alejó un par de metros para encender la lámpara de gas adosada a la pared y que se encontraba en un rincón, cerca de una ventana enrejada.

Julius miró entonces a su alrededor y descubrió que se hallaba en una especie de laboratorio. No era excesivamente grande. Había algunos armarios con vitrina y en su interior animales disecados.

—Me gusta la taxidermia… —le aclaró Worcester—. Sabe lo que es eso, ¿verdad?

—Sí, señor. Pero me parece horrible disecar a esos pobres animales.

—No diga tonterías, Julius. La taxidermia es un arte. ¿Quiere una copa de *brandy*?

—Me vendría bien, sí.

Worcester abrió uno de los cajones de la mesa taller y sacó una botella medio vacía. Se la mostró al enterrador, sonriendo.

—Tiene por lo menos un par de años. Es el tiempo que hace que no había estado aquí.

Bebió un trago y le entregó la botella a Julius.

Luego, se dirigió al féretro y le quitó la tapa.

Kinley tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

Julius hizo intención de cerrárselos pero Worcester se lo impidió agarrándole por la muñeca.

—Déjelo. Me gusta verlo así, con esa expresión de pánico en su rostro. Eso demuestra que ha muerto de miedo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro, socio.

—¿Qué piensa hacer con él?

—¿De verdad no se lo imagina, Julius? —Una siniestra sonrisa apareció en los labios de Worcester.

—Pues no.

—*Voy a disecarle.*

—¿Qué…?

—Sí, Julius —Worcester se echó a reír como si aquello fuese lo más divertido del mundo—. ¡Voy a extraer pieza a pieza de su organismo hasta vaciarlo por completo!

—¡Eso es una bestialidad! —gritó Julius—. Además, ¿con qué fin piensa hacer eso?

—Para que se conserve mejor.

—¡Está usted loco!

—A mí me parece muy divertido.

—¿Dónde le ve la diversión?

—*¡En la cara que va a poner mi querida esposa cuando le vea!*

13

Hart entró en la taberna de Joe, donde la cerveza corría a raudales y el humo de las pipas y de los cigarros lo invadía todo.

El inspector echó un vistazo a su alrededor hasta localizar a Doris, la pechugona.

Estaba en un extremo de la atestada barra, charlando animadamente con un cliente.

Se acercó hasta ella.

—¿Podría hablar un momento a solas con usted? —le preguntó.

Doris se despidió del cliente y se aproximó al policía.

—¿Qué desea?

—Vamos a aquella mesa.

Se sentaron. Hart sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo.

—No fumo, gracias. Tengo otros vicios.

El inspector se llevó un cigarrillo a los labios y lo encendió.

Después, miró a Doris.

—¿Sabe dónde está Julius?

—En el cementerio, supongo.

—No, allí no está. Ha desaparecido.

—¿Cómo? —La muchacha parecía realmente sorprendida.

—Nadie sabe dónde está, nadie le ha visto. Yo pensé que usted podría saber algo.

—Pues no sé nada. ¿Qué diablos está ocurriendo en Eton, inspector?

—¿Qué quiere decir?

—Se comenta que han asesinado al cochero de los Worcester, que la esposa de Herman ha desaparecido y que lo mismo ha ocurrido con el doctor Kinley. Y ahora, Julius.

—Estoy tan sorprendido como usted, Doris. Pero vayamos a lo nuestro. ¿Sabe si Julius tenía algún enemigo? Quiero decir si le había comentado alguna vez que alguien le había amenazado o algo

por el estilo.

—Nunca me ha dicho tal cosa, inspector. Pero… la verdad, no me extrañaría que alguien le hubiera dado su merecido.

—¿Qué quiere decir?

—Julius les quita los objetos de valor a los muertos y luego se los vende a Herman.

—¿Cómo ha sabido eso? ¿Se lo ha dicho él?

—Sí, una noche que estaba borracho como una cuba. A lo mejor se ha enterado de ello algún familiar y se ha tomado la justicia por su mano.

Hart se levantó.

—Ha sido usted muy amable, Doris. Si por casualidad viera a Julius, hágamelo saber.

—Lo haré.

El inspector abandonó la taberna de Joe y se fue directamente al cementerio pensando que a lo mejor tenía la suerte de encontrar al enterrador, pero no fue así y ocupó su tiempo en registrar la pequeña casita de Julius.

De repente, tuvo un sobresalto cuando escuchó pisadas detrás de él.

Se volvió con rapidez a tiempo de ver entrar en la casita a su ayudante, Price.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Hart.

—Tenemos noticias del hermano de Tim Brian, el cochero asesinado.

—Bien, adelante.

—Es lo que usted sospechaba, inspector. Linda y el doctor Kinley se veían a solas en un hotelito de Londres llamado «El príncipe azul». He pensado que le gustaría saberlo.

—Sí, Price. Es una buena noticia. Ahora falta demostrar que entre ambos asesinaron a Patrick Worcester.

El ayudante de Hart echó un vistazo a su alrededor.

Exclamó:

—¡Qué lugar más desagradable! ¡No viviría aquí por nada del mundo! ¿Ha encontrado algo de particular?

—Sí, esto —respondió Hart mostrando a su ayudante un reloj de bolsillo.

En la parte posterior del mismo figuraban las iniciales «R. K.».

—¿A quién pertenece? —quiso saber Price.

—Apuesto algo que a Robert Kinley.

—¿Entonces…?

—Me temo que nuestro querido doctor ha sido asesinado.

Julius observaba con ojos aterrados cada uno de los movimientos de las expertas manos de Patrick Worcester.

El cuerpo de Kinley se encontraba sobre una mesa con el abdomen abierto y las vísceras colgando a ambos lados como plantas marchitas y sangrientas. Sus ojos seguían desmesuradamente abiertos y había una macabra expresión en su rostro color ceniza.

Worcester seccionó con el bisturí varias de las vísceras y las arrojó a un cubo lleno de sangre y desperdicios.

—¡Es espantoso! —exclamó el enterrador sintiendo unas inevitables náuseas.

—Si no puede soportarlo, váyase de una maldita vez —gruñó Worcester, tirando hacia arriba del estómago y cortando sus membranas con unas tijeras.

Julius, al borde de un ataque de nervios, fue en busca de la botella de *brandy* y apuró el resto de un solo trago. Luego, mucho más tranquilo, observó a aquel carnicero. ¿Por qué diablos se habría unido a él? ¡Estaba rematadamente loco! ¿Y si después no le daba todo el dinero que le había prometido?

El enterrador cerró los ojos con fuerza después de contemplar como el estómago de Kinley iba a parar al cubo y la sangre se desparramaba por los bordes.

—¡Va a ser una obra maestra! —Oyó que exclamaba Worcester tirando de otra de las vísceras—. Julius, acérqueme esa manguera. Hay que limpiar con agua las paredes del abdomen.

—¡Qué se la acerque su tía!

Worcester se volvió con expresión ceñuda.

—¿Qué le pasa Julius? Hicimos un trato, ¿no?

—¡Pero yo ignoraba que lo había hecho con un loco!

—Escuche, le aseguro que dentro de un par o tres de días habrá terminado todo y usted será rico.

—¡No me fío de usted!

—Hace mal. Le juro que no le engaño.

Aquello pareció calmar al enterrador. Al fin y al cabo, pensó, ya había ido demasiado lejos para volverse atrás.

Se acercó sumisamente a dónde estaba la manguera y se la entregó a Worcester.

Éste sonrió y dijo:

—Abra el grifo.

Julius obedeció y brotó un chorro de agua. Worcester dirigió el mismo hacia el interior de la cavidad torácica de Kinley.

Saltaron algunos pedazos de carne sonrosada. Uno de ellos fue a parar a los pies del enterrador. Julios volvió la cabeza con asco.

—No sabía que fuera usted tan remilgado —dijo riendo Worcester sin dejar de hacer su trabajo—, pero comprendo que para alguien que no esté acostumbrado resulte bastante desagradable. Sin embargo, le aseguro que se va usted a sorprender cuando haya acabado con él. Le va a parecer que sigue con vida.

—¿Y luego qué tendré que hacer?

—Traerme a mi esposa.

—¿Qué?

—Ya puede cerrar el grifo.

Julius lo hizo sin apartar sus ojos de aquel demente.

Con unas pinzas especiales, Worcester limpió cuidadosamente los fragmentos de carne que habían quedado adheridos alrededor de la cavidad torácica. Después, se volvió al enterrador.

—Ha oído bien, amigo mío… —le dijo sin perder la sonrisa—. Tiene que traerme a Linda.

—¿Y cómo diablos voy a entrar en la mansión sin que me vean?

—Yo le diré cómo.

—No irá a hacer lo mismo con ella que con Kinley, ¿verdad?

—Eso es cosa mía.

A lo lejos se oyó un repentino trueno y Julius sintió un escalofrío.

¡Aquello era peor que vivir entre los muertos!

14

—¡Únicamente remuevan la tierra! —ordenó Hart a los dos policías—. ¡Pero respeten las tumbas!

Luego se volvió para mirar al angustiado Price.

—Esos brutos son capaces de sacar a flote a todos los muertos del cementerio.

—Les compadezco… —murmuró Price.

—¿Por qué? Es un trabajo como otro cualquiera.

—¿Cómo otro cualquiera? ¿Está seguro, inspector? ¡A mí me parece horrible!

—Es posible, pero es el único modo de encontrar el cuerpo de Kinley.

—Eso suponiendo que lo hayan enterrado aquí. A lo mejor ponemos todo el cementerio patas arriba para nada.

—Ya veremos.

Price preguntó:

—¿Cree de verdad que fue ese enterrador el que asesinó al médico?

—¿Quién si no? El reloj que hemos encontrado lo demuestra. Lo que ignoro es el por qué…

—¡Aquí hay algo, inspector! —gritó de pronto uno de los policías.

Hart y Price corrieron hacia allí.

Entre la tierra removida aparecían un par de bonitas piernas de mujer y un pedazo de vestido rojo.

Hart se puso de cuclillas y con la mano quitó la tierra que cubría el rostro.

—¡Beatriz Herman! —exclamó Price.

—Nuestro amigo Julius está resultando ser un individuo de mucho cuidado —murmuró el inspector incorporándose.

Price se extrañó:

—Pero ¿por qué la habrá asesinado?

—A lo mejor quiso abusar de ella y la pobre muchacha se opuso… —respondió Hart—. Fíjese en esas señales que tiene en el cuello. No cabe duda de que la estranguló.

—¡Parecía tan buen hombre! —exclamó Price compungido—. Algunas veces habíamos coincidido en la taberna de Joe. Siempre me pareció un tipo algo excéntrico y al que le gustaba la bebida, pero era amable y simpático. Cuando estaba de buen humor charlaba por los codos y hacía reír a todo el mundo.

—Vaya, que es un angelito —gruñó Hart—. ¡Pues su angelito ha asesinado a *tres* personas!

Price volvió la mirada hacia el inspector.

—¿*Tres*? ¿Quién es la tercera?

—Tim Brian, el cochero.

—¿Por qué razón?

—¡Y yo qué sé, Price! —exclamó contrariado Hart—. Saquen ese cuerpo de ahí y sigan buscando a Kinley. Yo voy a comunicarle la noticia a Herman.

El inspector hizo intención de marcharse pero de pronto se volvió.

—Hay que encontrar a Julius
O'Hara
lo antes posible. ¿Me ha comprendido, Price?

—Sí, señor.

—Estaré de vuelta dentro de una hora.

—¿Y si no encontramos a Kinley?

—¡Lo encontrarán!

Pero aproximadamente una hora más tarde, Hart fue informado por su ayudante de que el cuerpo del doctor no había sido hallado.

—… y eso que hemos puesto el cementerio patas arriba —añadió con repugnancia Price.

Aquel contratiempo molestó terriblemente a Hart. Le fastidiaba equivocarse.

—Está bien —dijo con evidente mal humor—. Olvidemos eso ahora. Y vayamos a lo nuestro.

En aquella cerrada noche, Julius ignoraba que se había organizado una batida para darle caza.

En realidad, ni siquiera se le había pasado por la imaginación. En lo único que pensaba era en acabar cuanto antes con aquella pesadilla que estaba viviendo en compañía de aquel demente de Patrick Worcester.

Siguiendo las instrucciones de éste, detuvo el carruaje a pocos metros del invernadero e hizo el resto del viaje a pie hasta la zona posterior de la mansión. Para ello tuvo que cruzar buena parte del parque.

Se encontró con la pesada verja que le había dicho Worcester.

Metiendo una mano a través de los barrotes, hizo girar la gruesa llave. No tuvo, pues, la menor dificultad para entrar ni para localizar, a pesar de la oscuridad reinante, la pequeña puerta que se encontraba al fondo de unos escalones de piedra tallada.

Utilizando un pedazo de alambre duro, abrió aquella puerta. Había un amplio corredor con escudos de armas en las paredes y que conducía a otra puerta más grande y acristalada.

Era el pabellón de caza.

Detectó la gran chimenea y se acercó para hacer girar hacia arriba el tercer caballo alado de los seis que habían esculpidos en la pared frontal de dicha chimenea. El fondo se abrió con lentitud dejando al descubierto un pasadizo.

Julius se agachó y se metió en él.

Al final del mismo se veía luz por debajo de otra puerta. El enterrador la empujó con suavidad y se encontró en un lujoso dormitorio. La cama estaba vacía pero dispuesta para ser ocupada.

A su izquierda había una puerta abierta y se escuchaba el chapoteo del agua, como si alguien estuviera bañándose.

Se asomó y descubrió a Linda en la bañera. Su corazón se le disparó.

¡Qué hermosa era!

Podría haberla atacado en aquel momento.

Nada más fácil.

Pero prefirió esperar pacientemente, contemplándola a sus anchas. Ello le permitió verla emerger de entre la espuma de jabón y admirar su maravilloso cuerpo. Siguió todos sus movimientos mientras se secaba, deleitándose con el vaivén de sus opulentos senos.

Su imaginación se desbordó y se vio a sí mismo penetrando

ferozmente aquel oscuro y perfecto triángulo entre los redondos muslos.

Jamás había poseído ni en sueños una mujer como aquélla.

—¡Tenía que ser una experiencia inolvidable!

Linda reparó en la presencia de Julius cuando se disponía a coger la bata.

Fue a gritar, pero su grito murió en la garganta porque el enterrador fue mucho más rápido y la golpeó con fuerza en el mentón.

Linda cayó desplomada al suelo, con las piernas abiertas, como si quisiera desafiar los bajos instintos de Julius.

El enterrador, temblando de deseo, se pasó la punta de la lengua por los labios y con los desorbitados ojos clavados en el espléndido cuerpo que yacía a sus pies, comenzó a desabrocharse la bragueta…

Hart estaba desayunando cuando se abrió la puerta de su despacho y apareció Price.

—¿Qué sucede? —preguntó el inspector disponiéndose a beber un trago de té.

—Ahí afuera está el mayordomo de los Worcester. Al parecer, la viuda ha desaparecido.

Hart se atragantó.

—¿Qué? —Se puso en pie de un salto—. ¡Dígale que entre! ¡Aprisa!

Benjamín estaba terriblemente pálido.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Hart acercándose a él.

—La doncella de la señora fue a despertarla como todas las mañanas. Pero la señora no se encontraba en su dormitorio y la cama estaba intacta, señal inequívoca de que no ha dormido en ella. Pero, además…

—¡Siga!

—La puerta del pasadizo estaba abierta.

—¿Un pasadizo?

—Sí, inspector. Hay un pasadizo en la chimenea. Alguien lo ha utilizado para entrar en el dormitorio y llevarse a la señora.

Hart se rascó la cabeza.

Luego, miró al atribulado mayordomo.

—¿Quién está al corriente de la existencia de ese pasadizo?

—Únicamente yo y la señora.

—¿Nadie más?

—Nadie más, inspector. Bueno, también lo sabía el señor… que en gloria esté.

Hart encendió nerviosamente un cigarrillo.

Todo aquel asunto se estaba complicando cada vez más. ¡Y él que se había quejado de que Eton era aburrido para un policía!

—Usted no se lo habrá contado a nadie, ¿verdad? —le preguntó el inspector a Benjamín mirándole a través del humo del cigarrillo.

—¿El qué?

—¡Lo de ese pasadizo, hombre!

—No, inspector.

—¿Ni siquiera al doctor Kinley?

—No, señor. Le doy mi palabra. Aunque quizá pudiera haberlo hecho la señora. De todos modos, el doctor está muerto, ¿no es así?

—Aún no lo sabemos. Además, ¿por qué diablos iba a raptar Kinley a la señora Worcester? Es absurdo. Sin embargo, todo este asunto nos favorece al menos de momento. Está bien, Benjamín. Regrese a la mansión. Si le necesito ya le llamaré.

Cuando Price y Hart se quedaron a solas, el primero preguntó, sorprendido:

—¿Qué es lo que nos favorece de esta situación, inspector?

—Puesto que Linda Worcester ha desaparecido, nada nos impide exhumar el cadáver de su marido, ¿no?

—¡Pero eso sería ilegal!

—Lo sé. Pero siempre nos queda el recurso de alegar que era absolutamente necesario para demostrar que Patrick Worcester fue asesinado y como su esposa se encontraba ausente…

—Esto no me gusta, inspector.

—¿Y cree que a mí sí?

—El juez Morrison se opondrá.

—Deje eso de mi cuenta.

Hart se puso el abrigo y abandonó su despacho para dirigirse a casa del juez Morrison.

15

Cuando Linda abrió los ojos, tuvo la sensación de que estaba en un lugar que no le era totalmente desconocido. No tardó en darse cuenta de que no se había equivocado.

¡Aquél era el castillo de Madley!

¿Cómo había ido a parar allí?

De repente, recordó todo lo sucedido… Estaba en el baño y apareció aquel horrible individuo…

¿Por qué la había atacado?

Presintiendo algo espantoso, se incorporó en la cama y se miró el cuerpo. Descubrió unos significativos arañazos en los brazos, en los pechos, en los muslos…

Cerró los ojos con fuerza, sintiendo que la invadía una oleada de rabia y de impotencia. ¡Aquel hijo de puta la había violentado!

De todos modos, aquello no tenía ya excesiva importancia. Lo que la preocupaba, lo que la inquietaba era el motivo por el cual se encontraba allí, *precisamente* allí, en el lujoso dormitorio que cierto tiempo atrás había compartido con su marido.

¿Qué significado tenía aquello?

Súbitamente sus ojos repararon en algo sorprendente.

Sobre una silla había un vestido de color azul pastel. Era el que llevaba puesto la primera vez que visitó aquel castillo.

¿Quién lo había puesto allí?

¿Y por qué?

¡No comprendía absolutamente nada de lo que estaba sucediendo!

La puerta del dormitorio comenzó a abrirse con lentitud. Linda, con los ojos clavados en la misma, no se atrevía ni a respirar.

—¡Usted! —exclamó con odio al ver a Julius.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó el enterrador avanzando hacia ella.

—¡Maldito bastardo! ¡Y aún tiene la desfachatez de preguntarlo! —Linda bajó de la cama, temblando de rabia, y le mostró los arañazos—. ¡Mire esto!

—No pude evitarlo, señora. Es usted demasiado hermosa y estaba tan indefensa y sugestiva…

En un arrebato de ira, Linda golpeó salvajemente el pecho de Julius con ambos puños hasta que éste la sujetó con fuerza por ambas muñecas.

—¡Quieta! —le ordenó entre dientes—. ¡Ya basta!

—¿Qué pretende con esto? ¿Dinero? ¡Dígalo de una vez!

—Yo no pretendo nada, señora. Sólo cumplo órdenes.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—No puedo responder a eso. Ya lo descubrirá usted misma. Ahora, póngase ese vestido.

—¿Y si me niego?

—Es mejor que lo haga —replicó amenazadoramente Julius.

—¿Qué está pasando aquí? —El odio y la rabia de Linda habían dejado paso a la incertidumbre y al miedo—. Por favor, dígamelo.

—No puedo. Póngase el vestido.

Ella obedeció.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó luego.

—Péinese un poco —sonrió Julius—. Póngase guapa.

—No tengo ganas.

—¡Haga lo que le digo!

No le quedó otro remedio que obedecer de nuevo.

—¡Está usted muy bonita! —exclamó satisfecho el enterrador—. Ahora acompáñeme.

Le siguió temerosa por un corredor hasta las escaleras y, al llegar a éstas, le pareció oír una lejana y conocida musiquilla. ¡Oh, sí! ¡Era el «Danubio azul»!

¡El vals favorito de su marido!

Instantes después, siempre acompañada por Julius, entró en el lujoso comedor.

Estaban todas las luces encendidas, como si se tratara de una gran fiesta. En un rincón, la pianola seguía funcionando sin parar. Los compases del «Danubio azul» se repetían una y otra vez.

De repente, vio con sorpresa que Julius había desaparecido, que estaba sola en el comedor… o quizá no… quizás había alguien

sentado a la mesa, en aquella silla de alto respaldo. Únicamente podía ver su cabeza y sus hombros.

Se acercó hasta allí.

—¡Bob! —exclamó sorprendida, sin dar crédito a lo que estaba viendo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué significa todo esto?

Pero sus preguntas quedaron sin respuesta y fue entonces cuando fijó su atención en el rostro de su amante. No descubrió en él la menor expresión y sus ojos estaban inmóviles.

—Bob…

Le tocó la cara.

Estaba frío.

Frío como un muerto.

Sólo entonces comprendió lo que estaba pasando. Retrocedió aterrorizada, sin apartar la mirada de Kinley y de pronto soltó un alarido de miedo.

Loca de pánico se dio media vuelta con intención de huir de allí pero súbitamente se encontró entre los brazos de alguien y al levantar la cabeza descubrió que se trataba de su marido.

De su garganta se escapó un grito de miedo y de horror y lo último que oyó antes de perder el conocimiento, fue la machacona musiquilla del «Danubio azul»…

Hart, blanco como la cera, miró a su ayudante. Price se encontraba detrás suyo, tan blanco como su jefe.

—¿Se da cuenta, Price? —preguntó el inspector con un hilo de voz—. O alguien ha robado el cadáver de Patrick Worcester o…

—¿O… qué, señor?

—O no está muerto.

—¡Dios!

Hasta el juez Morrison parecía desconcertado. Miró a ambos policías sin saber qué decir.

Hart cerró la tapa del ataúd.

—Salgamos de aquí —dijo—. Me estoy poniendo enfermo.

Abandonaron los tres la cripta.

El inspector respiró hondo y el aire fresco le hizo sentirse mejor.

—Bueno —dijo después—. Todo empieza a encajar…

—¿Usted cree? —preguntó Price, sin comprender.

—¿Qué piensa que ha ocurrido, inspector? —preguntó el juez.

—Se lo iré explicando por el camino, señores. Ahora, lo que tenemos que hacer es encontrar a Patrick Worcester.

—Pero ¿es qué cree que está vivo? —Price no conseguía salir de su asombro.

—¡Sí!

—¡Santo cielo! —exclamó el juez—. ¿Y quién le ha sacado de… ahí?

—Julius, el enterrador. Con toda seguridad intentó robar al muerto y se encontró con una desagradable sorpresa. Al menos, eso es lo que yo pienso que ocurrió. Ahora, vamos a interrogar a Benjamín, el mayordomo. Es el único que puede darnos una pista de donde se encuentra su amo.

Presentía que no estaba sola.

Que alguien estaba cerca de ella.

Abrió los ojos.

No se había equivocado.

Patrick estaba a su lado, mirándola con una sonrisa burlona en sus labios, y frente a ella, mirándola también, fijamente, se encontraba Bob Kinley.

Estaban los tres sentados a aquella larga mesa, dispuesta para la cena. En medio de la misma había tres candelabros y seguía escuchándose la musiquilla de aquel horrible vals, una y otra vez, una y otra vez.

—Ya está volviendo en sí, Julius —oyó que decía su marido—. Sirve la cena.

—Sí, señor.

El enterrador se alejó y Linda miró de reojo a Patrick.

—No soy ningún fantasma —le dijo él sonriendo—. Sólo que tu querido doctor falló en la dosis y Julius me salvó a tiempo. Va a ser una cena inolvidable. ¿No opinas lo mismo? Además, con un invitado de excepción. Pero ¿por qué no le miras? ¡Échale un vistazo! Parece que está vivo, ¿verdad? Sin duda ha sido mi mejor trabajo.

—Estás loco… —murmuró ella.

—Es posible. Pero estoy *vivo* y él está *muerto*. Al revés de lo que tú querrías, ¿eh? ¡Zorra! ¿Qué hice de malo para que desearas mi muerte? ¿Amarte?

Julius regresó con una bandeja de sabrosos filetes y verdura.

—Sirve —le ordenó Patrick Worcester.

El enterrador obedeció.

Ella dijo, consternada.

—No tengo apetito.

—Pues tendrás que comer. Sírvele unos cuantos filetes, Julius.

Linda miró a su marido.

—Patrick…

—¿Sí, querida…?

—Lamento lo que ocurrió.

Él se echó a reír.

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! Fue él… él… —Linda no se atrevía a mirar al *otro* invitado—, él lo planeó todo…

—Pero tú estabas de acuerdo, ¿no?

—Reconozco que… que cometí un gran error. Yo… yo te amaba…

Patrick soltó una sonora carcajada.

—¿Has oído eso, Julius? ¡Dice que me amaba! ¡Vaya desfachatez!

—Perdóname…

—Ya veremos. Ahora come, come, querida…

—¡No puedo! —gritó Linda—. ¿Cómo quieres que coma con eso… delante de mí, observándome? ¡No puedo, Patrick!

—¡Come!

El enterrador se había acercado a una de las ventanas.

—¡Vienen dos carruajes! —anunció. Y añadió poco después—: ¡Es la Policía!

—No importa, Julius —respondió Patrick Worcester sin inmutarse—. Ya no importa nada…

—¡Yo me largo! —gritó el enterrador y abandonó corriendo el comedor.

Era preferible perder la fortuna que le había ofrecido aquel loco que morir colgado de una soga.

Sin embargo, no llegó muy lejos.

Cuando se disponía a subir al carruaje, aparecieron dos policías encañonándole con sus armas.

—Éste es el fin de todos nosotros, querida —le dijo Patrick

Worcester a su esposa—. Pero no me quejo, ¿sabes? Me doy por satisfecho. He cumplido mi venganza… —Una sonrisa macabra se dibujó en sus labios—. ¿Qué tal está esa carne?

—*¡Tiene un sabor horrible!*

—Pues es raro. *¡Siempre creí que Bob Kinley te gustaba!*

Después de decir aquello, se echó a reír como un demente.

FIN

Si le atrae lo desconocido
GALAXIA 2000
colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede ser la vida en otros mundos
GALAXIA 2000
le informará

Si su fantasía le lleva a evadirse de este siglo XX
GALAXIA 2000
le transportará al futuro

La imaginación de los grandes AUTORES puesta a su servicio en sus mejores obras,rigurosamente inéditas, que hallará en la Colección
GALAXIA 2000

¡Ya están aquí!

EL BÁRBARO ROMPE SUS CADENAS
PARA APARECER EN LOS
DOS GRANDES ÁLBUMES

CONAN™
EL DESTRUCTOR

CONAN™
EL BÁRBARO

COMICS forum

¡ATENTO A TU QUIOSCO!
¡NO TE LOS PIERDAS!

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.